

PQ 1983

.F6 Z65

Copy 1

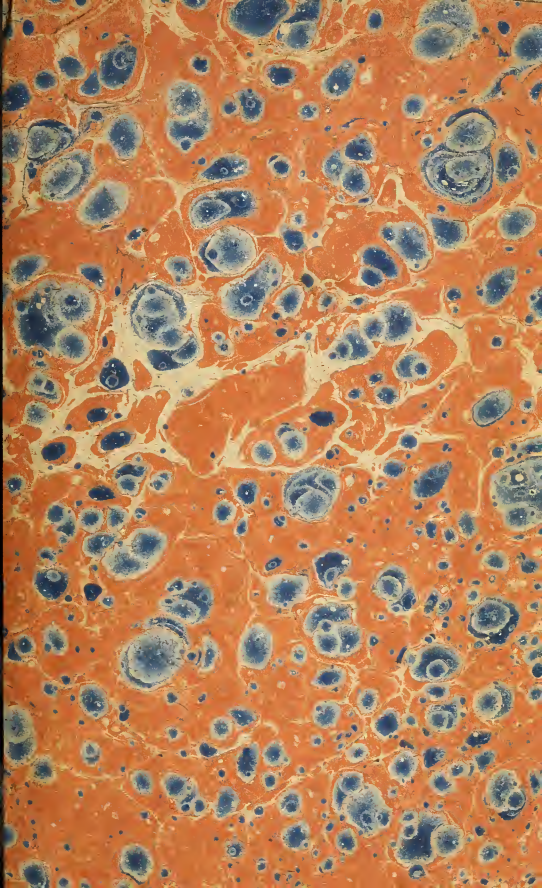
LIBRARY OF CONGRESS.

[SMITHSONIAN DEPOSIT.]

Chap. PQ 1983

Shelf F6Z65

UNITED STATES OF AMERICA.





DELTON

6

EL ESPOSO INFIEL.

104 (23)

104 (23)

BELTON

6

EL ESPOSO INFIEL.

CARTAS INGLESAS

POR

MR. FLORIAN.

TRADUCION LIBRE DEL FRANCÉS
AL ESPAÑOL.



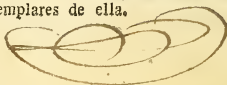
BARCELONA:

EN LA IMPRENTA DE J. MAYOL Y C.^ª

AÑO 1828.

PQ1983
F6Z65

Para los efectos del derecho de propiedad de esta traducción, estarán rubricados por el traductor los ejemplares de ella.



(5)

BELTON

6

EL ESPOSO INFIEL.

CARTAS INGLESAS.

CARTA 1.^a

*Sir Henrique Belford á Lord Cárlos
Belton.*

EDIMBURGO.

HE cumplido mi promesa y satisfecho vuestros deseos, querido Belton, y quisiera poder daros tan satisfactoria cuenta de vuestra protejida, como os la doy del resultado de la comision que me habeis confiado.

El tutor de Mis Sofía ha recibido sin reparo alguno el precio de su indulgencia , pues en el deseo de restituirla á su lado mediaba la codicia mas bien que el espíritu de venganza. Vuestro oro ha pagado la libertad de su pupila, la cual piensa gozar en lo sucesivo de una completa independencia.

Pero esa joven, Belton , me parece poco digna del interes que os inspira , segun lo que debo juzgar por algunas espresiones de su mismo tutor y por las voces que corren, acerca de lo cual trato de adquirir detenidos informes. Verdad es que jamas ofreció la naturaleza un conjunto mas perfecto , pero esas gracias superficiales , por mas que yo sienta decirlo , encubren un alma menos hermosa que su exterior; por tanto exijo de vos que pongais límites á vuestra bondad , á pesar de

cuantas consideraciones merezcan las personas por quienes os fué recomendada, segun me dijisteis. No olvideis que algunas veces se arrepiente el hombre de haber concedido su proteccion con ligereza.

A Dios querido Belton; mis negocios y una leve indisposicion, me detendran aqui algunos dias, bien apesar mio, pues quisiera estar en Londres adonde me llama el cordial afecto que os profesa

Belford.

CARTA 2.^a

*Lord Cárlos Belton , á Sir Henrique
Belford.*

LONDRES.

Os doy mil gracias mi querido Belford : habeis correspondido enteramente á las esperanzas que fundé en vuestra amistad , y adquiristeis asi nuevos derechos sobre la mia.

No deis oidos á los detractores de Mis Sofía Lington , pues su tutor tiene interes en desacreditarla , y su incomparable belleza es capaz de escitar la envidia. Ah ! cual será la mujer hermosa y joven á quien jamas se haya atrevido la calumnia ? Resuelto á proteger contra sus infames tiros á esta preciosa muchacha , para preservarla mejor

(9)

la pondré bajo la éjida de ladi Belton.
¿Creeis acaso que tal hiciera sino es-
tuviese cierto de que es inocente y
virtuosa?

Algunos enredos relativos á mis bie-
nes en Irlanda me obligan á hacer un
viaje allá. A Dios querido Belford: no
dudeis del reconocimiento y de la sin-
cera amistad de

Belton.

CARTA 3.^a

Sir H. Belford á lord Carlos Belton.

EDIMBURGO.

Querido Belton: guardaos de colocar á mis Lington cerca de vuestra virtuosa compañera, la madre de vuestros hijos. No os espongaís á marchitar su angelica pureza con el contacto de esa Sofía, acerca de cuya condicion habeis sido engañado tan groseramente.

Es fabulosa la historia que os contó de sus desgracias; acabo de adquirir la certeza de lo que solo eran sospechas, cuando yo os escribí exortandoos á que moderaseis el interes que os inspira esa joven, cuyo despejo os confieso que me da en que pensar.

Aunque enfermo todavia, saldré de

aquí mañana, pues el cuidado de mi salud no basta para detenerme, cuando se trata de preservar á mi amigo de un error y quizás de un lazo.

Siempre vuestro

Belford.

CARTA 4.^a*Belford á Belton.*

LONDRES.

Milord: Al momento que bajé ayer del coche, me dirijí presuroso á vuestra casa donde creí llegar aun á tiempo de veros, pero ya habiais marchado.

Inmediatamente que supo mi regreso vuestra amable mujer, quiso verme y me recibió como al mejor amigo de un esposo á quien adora.

Cada espresion afectuosa que me dirijia penetraba mi corazon y me hacia admirar su virtud y su modestia. Ah Belton! Cuanto hay que pensar acerca de la residencia de Mis Lington en vuestra casa, colocada precisa-

mente al lado de la madre de vuestros hijos, por vos mismo á quien advertí que no era tal como os la pintaron! ¿Será posible Belton que hayais engañado á vuestro amigo?... pero no: estabais preocupado, y sin duda no habiais recibido aun mi última carta cuando permitisteis que esa joven fuese compañera de Lady Belton. Separadla cuanto antes y así obrareis prudentemente, pues el vicio y la virtud no pueden ni deben habitar juntos.

Creedme amigo: esa Sofía cuyo aspecto es tan candido y sus modales tan decentes, esa Sofía repito es depravada. A la edad de diez y seis años habia ya perdido su reputacion, y desgraciadamente un acomodo honroso á causa de una aventura escandalosa.

Los pesares efecto de su conducta,

y no la perdida de un pleito, como ella supone, causaron la muerte á su padre. Entonces un pariente de su madre quedó por tutor suyo, y este hombre cuyas costumbres eran poco arregladas, acabó de desmoralizarla, y aun el mismo llegó á ser su víctima.

Huyose ella en ocasion que el tutor estaba ausente, no para sustraerse de su brutalidad, como os ha hecho creer, y si para vivir aun con mas libertad, llevandose de la casa cuanto habia de algun valor. Abrevio esta desagradable relacion, cuya parte mas debil debe seros una razon poderosa para que alejeis de lady Belton á esa joven.

Volved, volved Milord. Ningun negocio, ningun interés puede ser comparable con el deber sagrado que el honor os impone.

Mi tío , á quien los medicos han mandado que vaya á pasar algunos meses en el medio-dia de la Francia , ha resuelto verificarlo , y desea que yo le acompañe. No puedo menos de complacer en todo á quien ha hecho las veces de mis padres desde que tuve la desgracia de perderlos en la cuna. Marchamos dentro de pocos dias , y me es costosísimo alejarme en estas circunstancias.

Por Dios Belton : no perdais un solo.... pero que digo ? sin duda es inutil instaros sobre un punto tan delicado , y que tanto os interesa.

Belford.

CARTA 5.^a

*Lady Ana Belton á Mistris Carlota
Clifford.*

LONDRES.

¿Por que fatalidad escojiste para retirarte á tu posesion, mi querida Carlota, el momento mismo en que te hacias mas necesaria á tu pobre amiga? Tu eres en el mundo la unica á quien puedo confiar las penas que me aflijen: no ignoras la urgente necesidad que tiene mi corazon de desaogarse, y á pesar de todo tu me dejas, precisamente cuando soy tan digna de lastima. No entiendas por esto que me hallo ya enteramente en el abismo del dolor, mas si que me veo arrastrada á él: preveo que no puedo evadirme de la desgracia, y la mas

horrorosa de todas es llegar á preverla sin atreverme á tentar medio alguno para evitarla.

Habiendonos educado juntas, placeres y penas fueron comunes entre nosotras, y la mutua confianza fué una consecuencia tan natural como precisa de nuestro amable y continuo trato. Con que terneza recuerdo aquellos tiempos venturosos en que los juegos inocentes eran la principal ocupacion de nuestra vida, y la tierna amistad la unica pasion de nuestra alma! Ah! cuan felices eramos entonces! Nos pintan al amor en figura de niño, y asi tambien quisiera yo pintar la dicha. . . . la dicha! Ay! cuando volverá á mi? cuan corta fué su duracion! Empezó á ser turbada desde aquel momento en que tu dejaste nuestra pacifica morada para ser esposa de M. . . Clifford, ca-

si al mismo tiempo en que me unieron á Lord Belton.

Apenas habiamos visto á los depositarios de nuestra suerte, y ambas entramos en el torrente del mundo sin que nos hubiesen enseñado todavia ni á conocer ni á temer sus escollos!... Tu esposo te hacia dichosa, le perdiste y le lloras!... y yo, desgraciada! tambien lloro por el mio aunque la muerte no me le haya arrebatado.... mas ay! quizás le he perdido tambien sin esperanza.

Durante los quince dias que pasaste en Londres, el invierno último, observaste en varias ocasiones mi semblante triste y pensativo: tu solícita amistad procuró muchas veces adivinar la causa, y otras tantas te la oculté violentando mi corazon siempre ingenuo para tí; pero Carlota mia, la esperan-

za de una feliz mudanza en mi suerte y la repugnancia que experimentaba mi corazon en revelar aun á tí las faltas de mi esposo , la especie de humillacion en fin que se experimenta al acusar lo que se ama , me hicieron reprimir y ahogar mis lagrimas. Perdona, mi querida Carlota , por esta reserva única que he guardado y guardaré jamas contigo. Mi espíritu no se encuentra ahora en disposicion para esplicarte mis secretos dolorosos sentimientos. Mis lagrimas riegan este papel ; cesa mi pluma y te dejo por ahora. A Dios Carlota mia.

CARTA 6.^a*Ana á Carlota.*

LONDRES.

CUATRO años han transcurrido, querida Carlota, desde mi union con lord Belton. Díjome entonces que me amaba y lo creí, porque no era posible dudar de un amor que le fué tan facil inspirarme, y que yo le profesaba con tanto placer. Asi es que con toda la sinceridad de mi corazon correspondia yo al tierno sentimiento que él parecia experimentar tambien.

Complaciase en repetir que me amaba, yo me tenia por dichosa de oirlo, y aun estaba orgullosa de la confianza que él me manifestaba: á pesar de mi inesperienza tenia la bondad de

consultarme en todo, y miraba siempre como necesario mi dictamen. Sentía yo en lo interior de mi alma el placer que era natural por esta condescendencia; pero creeme Carlota mia, por mas lisonjera que me pareciese, mi corazon gozaba aun mucho mas de lo que mi orgullo estaba satisfecho. Era yo feliz; si, feliz por mi esposo! solo respiraba por él, y en breve las conveniencias y el interes pusieron el colmo á mi felicidad haciendo un himeneo venturoso! Dos hijos, tiernas prendas de mi corazon, vinieron á estrechar nuestros lazos. . . . Belton redobló sus solícitos cuidados y su ternura, su casa fué desde entonces para él mas y mas agradable; se alejaba de ella raras veces y siempre con sentimiento. El sagrado título de madre me hacia mas amable á su vista y

mas querida á su corazon; sus hijos y yo eramos todo su universo.

Tu sabes y has sido testigo de todo esto, querida amiga, y por tanto me complazco en repetirtelo. Solo en lo pasado puedo yo encontrar felices recuerdos; describiendolos me parece que los consigno en la memoria, ó mas bien los invoco como para fundar asi halagüeñas esperanzas. Mas ay! lo presente no me ofrece ya otra cosa que un manantial de lagrimas: aquella ilusion... aquella vida tan afortunada.... de repente se desvanecieron.... todo lo he perdido!

Hace un año, como sabes, que lord Belton tuvo precision de ir á Irlanda donde posée grandes propiedades que constituyen la mayor parte de su patrimonio. Acababas de perder entonces tu esposo, y respetando tu justo dolor, no

nos atrevimos á llamarte para que estuvieses conmigo. En tanto Belton, que parecia sentir y temer la soledad á que debia reducirme su ausencia, me obligó á recibir una joven soltera para que me hiciese compañía, ofreciéndose á buscarla él mismo. ¡Ojalá que nunca se hubiese tomado tan funesto cuidado! pero mi dicha habia llegado á la cumbre, y en adelante debia ya declinar siempre.

Pocos dias antes de su marcha me presentó mi esposo Mis Sofía, y haciendome mil elogios de ella dijo que se felicitaba de poder dejar á mi lado una amable compañera, dotada de un talento apreciable, y cuyo nacimiento y educacion la hacian superior á la triste situacion á que la habian reducido los reveses de la fortuna. En fin Carlota mia, él me pintó esta Sofía como un

prodijio de virtud, y yo le creí complaciéndome en ello. Dejome y esta separacion que era la primera, me sumerjió en el dolor mas profundo.

Procuraba Sofía consolarme, pero yo experimentaba cierto placer con mi tristeza, y encontraba alivio llorando. Hubiera apetecido dividir contigo la afliccion, mas ay de mi! tu preferias vivir solitaria para no ser distraida de los sentimientos que aun tributas á la memoria de tu esposo, y esta resolucion sin alterar en nada nuestra constante amistad, nos tuvo lejanas á la una de la otra, con harto sentimiento mio.

Jamas amé al mundo, y la ausencia de mi esposo hizo para mi aun mas necesaria la soledad. Dedicueme enteramente al cuidado que exijia la educacion de mis hijos: Sofía tomaba par-

te en ello y mostrando á mis queridas prendas el afecto mas tierno, se hacia acreedora al mio : asi es como se introdujo en mi corazon que solo pedia una afectuosa correspondencia. Ah! bien lo sabes; el placer que experimento amando me hace creer facilmente que soy correspondida. De aqui puedes inferir sin dificultad que cedí á los encantos del talento, de los modales, y sobre todo á la atractiva afabilidad de esta joven, que despues de tí ocupó un lugar en mi corazon. Perdona Carlota mia, la amaba como un presente hecho por mi esposo, ó mas bien diré como una prueba de su afectuosa solicitud.... dí en fin por ello á Belton las mas tiernas y espresivas gracias.

Su ausencia fué corta; escribiome diciendo que el deseo de volver á mis brazos le habia hecho acelerar la con-

clusion de sus negocios; volvió, y creí no tener ya otros votos que hacer, sino el de tenerte por testigo de mi felicidad. Pero esta dicha ya no existia... y aun creia yo gozarla! Oh ilusion pasajera! cada dia arrebató una parte de mi felicidad, que al fin desapareció.

Mi esposo se volvió indiferente y pensativo; su confianza para conmigo no fué ya la misma que antes: me consultaba todavia, pero con una violencia conocida, y aunque pareciese que nada habia variado en torno de mi, el corazon presentia ya la mudanza que se ocultaba á mi razon.

Ah, Carlota! cuan cruel es el momento en que la duda penetra por primera vez en un corazon sensible. No tardó mi esposo en alejarse mas; ya solo le veia por cortos intervalos, que tal vez concedia unicamente al bien parecer, y

cuando yo trataba de detenerle , pretestaba con turbacion el cumplimiento de un deber , ó un negocio urgente , y me dejaba con prontitud. Mi corazon se veia atormentado; . . . buscaba en él aunque en vano el crimen porque era castigada , y solo hallaba mi fiel amor ácia Belton y el dolor que me causaba su tibieza. No pudiendo en fin soportar tan cruel incertidumbre , para salir de ella me decidí á superar mi timidez.

Ayer en ocasion que se disponia para separarse otra vez de mi , le detuve y arrojandome á sus pies ; Milord , le dije , vos que sois mi vida ¿ porque la haceis desdichada ? Cual es por desgracia el agravio porque me castigais ? que es lo que he hecho para perder vuestro corazon ? Os he disgustado acaso ? En que falta he incurrido para escitar la indiferencia con que me ator-

mentais?—Quien! vos madama!
respondió levantandome: no os entiendo á fé mia; nunca he dejado de amaros, pero algunos disgustos que mis negocios llevan consigo, me causan esta preocupacion de la mente, que vos atribuis á frialdad ó indiferencia. . . . —
Disgustos Belton! y yo los ignoro! contesté amorosamente. Os perdonaria si me ocultaseis vuestras satisfacciones, pero si me ocultais alguna pena, no puedo menos de mostrarme ofendida. Diciendo esto he cojido su mano, la he puesto sobre mi corazon que siempre tiene presente su imagen la he aplicado á mis ojos en que podia leer el amor mas tierno! Se manifestó conmovido, iba á responderme y quizá era llegado el momento en que nos esplicasemos, cuando entró Sofía. Pareciome que miraba á Belton con sobresalto, creo que él se

abochornó, y salió precipitadamente.

Dime Carlota: porque pareció ella sobresaltada? ¿De que procede el abochornarse Belton, y porque me ha dejado con tanta precipitacion?... Desde que regresó Milord, Sofía casi nunca sale de su retrete.... Será posible.... pero no: Le amo con extremo. Mas esta Sofía es tan bella!... ¡Ah desdichada! mi corazon está oprimido por la pena y el temor; no veo á mis hijos una vez siquiera sin que inunde el llanto mis ojos.... Apartemos funestas sospechas.... Oh mi única, mi verdadera amiga! ilumináme, dime lo que debo pensar de esta Sofía. Será culpable con todas las esterioridades de la virtud?... Ah Carlota! como no vienes al socorro de la pobre Belton? Es muy desgraciada, pero si tu la amas, aun no lo ha perdido todo.

CARTA 7^a*Ana á Carlota.*

LONDRES.

¡ **A**y, tierna amiga! ya no me queda duda: he adquirido la prueba tan horrosa como cierta de mi desgracia!... mis ideas se ofuscan. . . . pero voy á esforzarme en coordinarlas para hacer-
te una relacion afflictiva.

Madrugué esta mañana mas de lo que acostumbro: desde que regresó mi es-
poso puedo decirte que está poco ente-
rado de la hora en que dispierto. Ha-
bian alejado de mí el reposo los pre-
sentimientos mas funestos, y despues de
haber pasado la noche en continua aji-
tacion y desvelo dejé el lecho bañado
en lagrimas, y para calmar mi corazon

quise abrazar á mis hijos.... á estos idolatrados pequeñuelos, cuyas caricias tanto imperan sobre mi alma.

Reinaba en la casa un profundo silencio: me vestí á la ligera, el relox señalaba las seis, entré en el pasadizo donde está la habitacion de Sofía que comunica con la de mis hijos, y quise entrar en ella evitando así un largo rodeo.

Iba ya á abrir la puerta de la estancia de Sofía, cuando creí oir la voz de mi esposo.... Sorprehendida en extremo de que estuviese allí á tal hora me detuve trémula, y sosteniéndome apenas me afirmé contra la tapia.... ¿Pero como podré explicarte, ó amiga mia, mi turbacion cuando oí á Belton: á este esposo adorado, pronunciar estas terribles palabras!.... "Querida Sofía; porque fatalidad puso la suerte una barrera en-

entre nosotros ! . . . Ah ! si vuestro Belton
 pudiese ofreceros su mano y sus bienes , como se veria en el colmo de su
 felicidad ! Un fatal obstáculo nos separa , pero conservadme vuestro corazon
 así como sois dueña del mio , y con el
 tiempo llegaremos á ser dichosos. —
 Querido Lord , respondió Sofía : sino os
 amara ciegamente me seria imposible
 resistir á mis remordimientos ! pero tal
 es el encanto de vuestras palabras que
 ejercéis un poder absoluto sobre mi co-
 razon , y olvido que arrebató el que es
 de Milady , cuando estoy á vuestro lado.
 — Jamas fué suyo , exclamó Belton con
 vehemencia : vos sola adorable Sofía , me
 habeis inspirado amor.”

Estas horrorosas palabras oprimieron
 mi corazon. . . . Desesperada. . . . fuera de
 mí. . . . arrojeme ácia la puerta que me
 separaba de aquella pérfida pareja : mi

trémula mano buscaba á tientas la llave que no podían ver mis turbados ojos. . . El ruido que hice advirtió sin duda á Belton que iba á ser sorprendido, y pasó acelerado á la estancia de mis hijos. Entro yo en la de Sofía que aun estaba en cama y fingía dormir; me dejo caer sobre la primera silla que encuentro, y pensando que seria indigno é impropio de mi caracter el dar escándalo, hago cuanto puedo para serenarme y fingir la tranquilidad que huyó de mi para siempre, y descorriendo las cortinas de la cama de la pérfida, Sofía, la dije, levantaos; deseo hablaros."

Entré entonces en la alcoba de mis hijos: Belton habia salido ya de ella, y aquellos inocentes aun dormían. Contempleles con una angustia inesplicable; el mayor me ofrecia la viva imagen de su padre, y de repente se agolparon á mí

mente los recuerdos de mil objetos alusivos á los primeros tiempos de nuestro enlace : ah ! cuanto aumentaban el horror de mi triste situacion !

Enjugué mis lagrimas y volví á la estancia de Sofía , que ya estaba vestida.

Oh ! Carlota ! cuan hermosa la hallé ! ¿ Como no preví el riesgo de esponer á mi esposo á ver y contemplar cada dia tantos embelesos ? . . . Arrepentimiento tardío ! Sofía , la dije con afeblidad ; siempre he prescindido de preguntaros acerca de vuestra posicion , pero deseo veros feliz , y os suplico que me indiqueis los medios de conseguirlo , hablándome sin reserva en cuanto á vuestra situacion y vuestras esperanzas. —
 « Ah Milady ! exclamó ; no descubrais el oculto manantial de mis lagrimas ; una cruel suerte me ha entregado á la de-

pendencia, y yo doy gracias al hado mismo que me situó cerca de vos.”

Irritada al notar tanta hipocresia, pero resuelta á ver hasta que extremo podía llegar, continué diciendo: Ya que tanto me amais, confiadme la historia de vuestros infortunios, pues quizá será posible aliviarlos. En vuestra edad no es todavía natural el tener culpas de que acusarse, y aun en tal caso la amistad es indulgente. Bajó entonces la vista cubriéndola con su pañuelo en ademán de ocultar lagrimas que no vertía. Lo mucho que os debo, contestó, no me permite negaros nada, y voy á referiros mi deplorable historia.

Me dijo entonces que su padre Sir Lington, Caballero escocés, habia quedado viudo al año de casarse cuando su madre la dió á luz; que su padre habia cifrado en ella toda su terneza y

empleado los mayores desvelos en darla educacion. Complaciase en hacerla cultivar su talento , é invertia á este fin la mayor parte del producto de sus bienes , que consistian en una sola posesion , adquirida por herencia de familia , sobre cuya propiedad le movieron un litijio ; y que continuando con animosidad los trámites judiciales , fué preciso en fin que su padre viniese á Londres para defender su derecho. Siguióle ella , y tanto los gastos de su larga permanencia en esta capital , como los mas enormes aun que ocasionaba el litijio , agotaron sus débiles recursos , reduciéndoles en fin á la indijencia la pérdida del pleito. No pudo su padre sobrevivir á esta desgracia , y aun ella hubiera sido tambien víctima de tantos infortunios , si Milord que conocia á Sir Lington no se hubiera interesado en su suerte. . . . » No ig-

norais lo demas Milady , añadió ella , y menos el modo con que acojisteis á una desgraciada , cuyo corazon no olvidará jamas vuestra bondad , vuestros beneficios y los de Milord , y cuyo deseo es el de sacrificar su vida en obsequio vuestro.”

Refirió todo esto con voz interrumpida por intervalos , y parecia suscitar en su mente dolorosos recuerdos : mas yo que ningun crédito daba ya á sus lagrimas , tampoco creía en su desgracia , pues cuando se llega á fundar desconfianza la sospecha se estiende á todo. Tuve sin embargo el valor suficiente para decirla que podia contar con mi proteccion en tanto que fuese digna de ella , y salí previendo que en breve no podria ya contenerme.

Sofía no ha salido de su estancia bajo pretesto de una indisposicion ; Milord

me ha enviado á decir que iba á pasar algunos dias en el campo, y yo, desgraciada! me he encerrado en mi cuarto donde he pasado todo el dia abismada en mi pena y ahogada en mis lagrimas. . . Ah Carlota! que será de mi? . . . mi esposo no me ama ya. La ama. . . . Y á mis pobres hijos ya no los mira; su crimen es el de tenerme por madre. . . . Cruel! jamas me amó! . . . Ah! esta desgracia es la mas insoportable de todas, pues me quita hasta el consuelo de los recuerdos y mi corazon no puede hallar siquiera un triste asilo en lo pasado! . . . Asi pues me engañaba! y cuando yo le amaba ciegamente él era ingrato á mi tierna pasion! nunca me ha amado! . . . Que haré pues? . . . Que será de mí? Carlota, aconsejame, determina, piensa en tu infeliz amiga. . . solo sabe sufrir, solo puede llorar. . . .

CARTA 8ª

Carlota á Ana.

CASTILLO DE CLIFFORD

CASI á un mismo tiempo he recibido tus dos cartas, querida Ana. La primera me preparó al triste contenido de la segunda, mas no por haberlo previsto he sentido menos entrañablemente tu desgracia. Sin embargo, tierna amiga, conviene que no te dejes dominar por la pena.... Tengo por máxima que mientras uno respire debe confiar, pues la muerte es lo único que destruye la esperanza. Debes persuadirte y creer que el llanto no te volverá la dicha: tambien yo lloraré por tus males, mas piensa tu en que terminen.

El conato mismo con que tu esposo procuraba engañarte, es una prueba evidente de que teme las consecuencias de un escándalo: aprovechate pues de esta disposicion, y alejando de Belton la causa de tu pena, destruirás sin duda los efectos.

Diez y ocho años, una perfecta hermosura, todos los talentos reunidos y la facilidad de semejante conquista, son inegablemente lazos en que tu esposo pudo muy bien dejarse cojer, pero que serán tambien impotentes contra el temor de perder el concepto y las consideraciones á que es tan adicto.

Harto convencida estás de la inconsistancia de tu marido, para esperar que puedan corregirle un dia la suavidad y el amor mas tierno y solícito; inutil es por consecuencia el pensar en semejante medio. Por mas que la honradez

tenga siempre un imperio sagrado , aun sobre las almas corrompidas, solo á fuerza de dias reconocen tal poder los corazones viciosos, y tus males son de tal naturaleza que el tiempo no puede hacer mas que agravarlos. Llegó pues el caso preciso , inevitable , de hablar á Milord ; de decirle que no ignoras su trato amoroso con Sofía , que verosimilmente otros estan enterados tambien de él, que media nada menos que su honor en que cesen al punto tan vergonzosas relaciones , y que interesa tambien el tuyo en no vivir ya con esa muger.

No solo es interés de tu amor , sino tambien de tu deber el insistir sobre la despedida de esa buena alaja. Exije y conseguirás ; manda en caso necesario y serás obedecida. Milord no puede dudar que estás enterada de todo , temerá que hables , y se apresurará á sa-

tisfacerte antes que tus justas quejas hagan públicos sus extravíos. Querida amiga, sigue mi dictamen y acertarás: conviene que en tal caso estés sola con tu esposo, á fin de que no pueda sospechar que te han dictado este modo de obrar, y tambien para hacerle creer que tu eres la única que conoce su mal comportamiento. Si contra mi esperanza te negare esta satisfaccion, correré á tu lado, pues eres lo único que me queda de cuantos bienes fueron mi patrimonio; si, correré cerca de tí, á quien amo mas que á mi vida, pues la sacrificaria gustosa por hacerte feliz. Mas tu lo serás, si, lo serás si tienes valor para serlo. . . Solo me irrita el no poder castigar á ese indigno Belton. . . . Ah! si yo fuese su, mujer! pero tu, tierna amiga mia unicamente aspiras á ser amada y perdonar; muy bien, que te ame pues: si,

que te ame y entonces será forzoso que yo tambien le perdone.

Voy á tomar informes acerca de esa Sofía: tanta falacia anuncia un alma enteramente depravada, y dudo que este sea su primer pecado.

Yo lo sabré, pues conviene conocer al enemigo á quien se trata de combatir, para conseguir mas facilmente la victoria. . . . Tu triunfarás, crée á tu amiga, y para animarte examina lo interior de tu alma, que es un espejo donde siempre debes mirarte y sonreir.

A Dios, cuanto yo amo. Ay! escepto tu, todo lo he perdido: perdí el esposo á quien adoraba; el cielo no me concedió jamas el dulce título de madre, todos mis parientes han muerto, no tengo mas que á tí, que eres lo único que me queda de tantos bienes como poseía, y experimento con placer

que la amistad, la santa y pura amistad me es aun mas apreciable que el amor. Mi esposo era mi ídolo, y aun le adoro, pero como á un amante invisible que solo existe en la imaginacion, al mismo tiempo que tu querida amiga, ocupas mi corazon enteramente. Mi ternura acia tí, conozco que es mas necesaria que el aire que respiro: tus males mismos oprimen mi alma, y quisiera poder librarte de ellos atrayendolos sobre mi; si, experimento un placer tributandote lagrimas al pensar en tus penas. Juzga pues si aborrezco á Milord. Ah bárbaro! no conoce el corazon que despedaza; si lo conociese. pero no es digno de poseerle, y se juzga á si mismo cuando á ti te niega la justicia.

A Dios amiga mia: piensa en tus hijos y en tu Carlota, que solo funda ya su dicha en la que á ti te desea, y ten

(45)

presente siempre que no está donde me
hallo actualmente la mas preciosa par-
te de mi misma.

CARTA 9.^a*Carlota á Ana.*

RAZON tenia yo , querida Ana ; esa Sofía es un monstruo. Fímonos pues en la apariencia ! y yo que me creía ser una gran fisonomista ! considerame ya curada para siempre de semejante presuncion.

Indigno Belton ! como se atrevió á poner cerca de ti , que eres angel de pureza , á semejante criatura ! Perdona , tierna amiga mia : es tu esposo , pero esta cualidad le hace mas culpable , y no puedo pensar en él sin aborrecerle mas y mas. Ah ! los hombres , los hombres ! ciertamente debiera ser el consue-

lo mayor de nuestra viudez lo que sabemos de ellos cada dia.

En mi anterior última te indiqué que iba á tomar informes, y en efecto los he adquirido por medio de ciertas personas. Tu conoces á mi vieja Hebert, aquella antigua aya que ejerció conmigo las funciones de una madre, y á quien yo amo tiernamente. Se ha ido á vivir en compañía de su hermano que habita cerca de Edimburgo; me he valido de ella para lograr mi objeto, y oye en sustancia lo que me dice.

El padre de Sofía se llamaba en efecto Lington, pero el Sir es una adicion hecha por su hija, y que sin duda creyó á proposito para darse mas importancia con respeto á ti. Dicho Lington tenia algunos bienes que disipó por su hija á quien idolatraba; hizo darla una educacion sobresaliente, y para imitar

á las personas de distincion , la puso una aya : deslumbrado por los talentos de la hija , poco detenido en examinar sus principios , solo se atuvo á los primeros , y el aya cuyas costumbres eran muy equivocadas , inculcó sus vicios á la discipula , al mismo tiempo que la hizo habil en las artes seductoras que posee en tal alto grado , y que tanto han escitado nuestra admiracion. La prodigalidad de Sofía , la poca proporcion que guardaba entre sus gastos y el decente pero limitado caudal de su padre , y la debilidad de este , que no tenia valor para negar cosa alguna á los caprichos de la hija , agotaron muy pronto sus recursos , y empezaba ya á sufrir los efectos de sus locas disipaciones , cuando la fortuna pareció mostrarsele propicia.

Vió á Sofía un caballero poco inte-

resante por su persona pero muy rico, llamado Sir Nervil. Prendado de su belleza y encantado por sus talentos, sin mas examen pidió su mano y obtuvo el *si* al momento. Estaba ya prefijado el dia de su himeneo, cuando el futuro soñando una noche en su dicha, y recorriendo distraído un paseo solitario, vió llegar una mujer cubierta con un velo, pero en su talle y su talento creyó reconocer á Sofía: su andar ajitado, la inquietud con que miraba al redor de si, y la hora intempestiva sobre todo, escitaron la curiosidad de Nervil. El desasosiego natural en el amor y una vaga sospecha, le decidieron á observar á aquella mujer. A favor de la oscuridad pudo seguirla ocultándose á sus miradas, y viola entrar en un espeso bosquecillo, donde se acercó á ella un hombre embozado.

La noche era muy oscura y no le permitia distinguir las facciones del amante, pero entre un plantel de árboles, situado tras del banco donde ámbos estaban sentados, no perdió ni siquiera una palabra de su conversacion.

Quejabáse con vehemencia el desconocido del proximo casamiento de Sofía con aquel caballero y la reconvenia porque ya no le amaba; pero ella le aplacó persuadiéndole de que solo consentia en tal enlace para adquirir con mas libertad el medio de hacerle feliz, y que participase de la fortuna que deberia en brebe á la ciega generosidad de su pretendiente. Esta confianza y las burlas groseras que se siguieron escitaron la alegria y el enagenamiento del desconocido. No pudiendo ya contener Sir Nervil su indignacion, presentóse gritando á su indigno rival que se defendiese, pero lle-

gó al colmo su desprecio cuando reconoció que el sujeto á quien se le sacrificaba era un hombre de baja estraccion muy conocido por sus vicios, y arrojase el miserable á los pies de Nervil, pidiendole la vida, que no merecia perder á manos de un hombre honrado. La única venganza que tomó Sir Nervil contra la pérvida Sofía, fué el hacerla testigo de la pena que impuso á su indigno amante: corrió despues á enterar á su padre del suceso, anuló ultimamente la palabra, y el anciano débil pero honrado, tardó pocos dias en morir de pesadumbre. Por algunas palabras que se le soltaron y las espresiones de una doncella de labor confidente de Sofía, supo el público lo ocurrido, y ya no permitieron que esa vil criatura viviese en Edimburgo donde nadie queria verla. Cayó entonces bajo la tutela de un

pariente de su madre y debia continuar asi hasta ser mayor de edad; pero el deseo de ejercitar su talento en un teatro mas vasto, le inspiró la resolucion de huir á Londres con su amante, despues de haberse apoderado del dinero y de las joyas, que casi todas pertenecian á su tutor; mas en breve tiempo se agotaron sus recursos y buscaba ya otros nuevos, cuando por tu desgracia la vió Belton en el coliseo; se prendió de su belleza, siguiola, y obtuvo sin dificultad permiso para visitarla.

Sin duda le engañó por medio de alguna de aquellas historias que tales maulas tienen siempre dispuestas; y quizas (como debemos persuadirnos, pues la llevó á tu lado) le embaucó valiendose de finjidas virtudes, con objeto de hacer mas ansiada su conquista; ignoro en fin de que medios se valdria para

persuadir á Belton, mas las consecuencias nos son bastante conocidas.

He aqui querida amiga unos pormenores ciertos: conozco que te aflijirán, pero es indispensable que los sepas, teniendo entendido que lejos de haber variado mi opinion, no han hecho mas que confirmarla. Es urgente que alejes de tí á esa Sofía; lo repito, Belton temerá el vituperio, consentirá en todo para evitarlo é impedir que el público conozca sus estravios, porque el hombre menos virtuoso quiere sin embargo pasar en el mundo por un hombre de bien que no falta á sus deberes, á fin de conservar así su bien estar, y su respeto. Procede pues y sin tardanza querida amiga.

Me apresuro á concluir y arreglar de cualquier modo todos los asuntos relativos á los bienes de mi marido, á fin

de estar cuanto antes en tu compañía. Conviene no llorar, es necesario obrar, es preciso decir sin rodeos á Milord, que ya no quieres oír hablar de esa Sofía, que no quieres verla. Animo y venceremos.

CARTA 10.

Ana á Carlota.

CARLOTA mia, cuan horribles son los pormenores que refiere tu carta! Las penas que proceden de un origen tan indigno, son muy duras de soportar, pues que privan á Belton de toda escusa, y por tanto creo sentir mas de lo que sufriria si el objeto de su passion fuese menos indigno de ello. Ay tierna amiga mia! Conozco la necesidad de seguir tus consejos, pero no me atrevo á participar de la confianza que te inspiran. Créés acaso que mi esposo vuelva á entrar en la senda de la razon? Sin duda es precioso que yo lo crea bajo pena de morir en otro ca-

so. Ah! cuanto le amo! Cuan amable era; su corazon es á proposito para la virtud, pero esta mujer es una hechicera; preciso es ser un anjel para resistir á sus atractivos y Milord no lo es. Estoy persuadida de que él no me aborrece. Oh amiga! si fuese preciso escojer el dividir entre todas las mujeres su amor ó su odio, preferiria morir, pero morir siquiera amada. Que puedo yo oponer á tanta hermosura y juventud; á un conjunto tan raro de talento y de gracias? opondré acaso facciones ajadas por la tristeza, un entendimiento poco elevado y que tiene necesidad de estímulo para manifestarse con alguna ventaja? Ah! sino fuera por mis hijos me desesperaria. pero ellos me ayudaran á reducir á Belton á sus deberes, y ellos quizá serán el freno que le impida

alejarse de su madre. Ah! Carlota. . .
oigo ruido de caballos. . . es que vuel-
ve mi esposo. Oh Dios! sostened mi es-
píritu. . . . Carlota, implorale para que
sea propicio á tu infeliz amiga.

CARTA II.

Ana á Carlota.

CARLOTA, he hablado, me he resuelto al fin, y Sofía se aparta de nosotros; mi esposo lo ha prometido, y al mismo tiempo protesta, y parece que me quiere; tal es el fruto de tus consejos. Deberia ser feliz, y sin embargo, no experimento aun otra dicha del todo, que la de serte deudora de la lisonjera perspectiva que me ofrece la idea de un porvenir mas venturoso. Apenas habia escrito las últimas palabras de mi carta cuando Belton vino á mi cuarto. Habia yo encargado á Tom su ayuda de cámara que le dijese deseaba verle; entró, y se manifestó sorprendido de mi pa-

lidez. Levanteme para recibirle , pero temblaba de tal modo que caí mas bien que me volví á sentar en mi silla. Mostrose conmovido , su emocion hizo tal efecto en mi que me restituyó las fuerzas , y roguele que tomase asiento. Milord , le dije ; no quiero molestaros ni con mis lagrimas ni con mis reconven- ciones , nada he omitido para reconquis- tar vuestro corazon , y es preciso conve- nir en que me he hecho indigna de él , pues le he perdido. — Quiso interrumpirme ; si le hubieses visto ! es- taba confuso , avergonzado. pro- curaba mentir , pero mentia tan mal ! . . . Querida Carlota mia , él se enmen- dará. — Ah , Milord ! repliqué yo ; no hay delito en no amar ya lo que de- jo de ser amable ; unicamente le hay en engañar , y vuestro corazon no nació para ser delincuente. Le conozco bien,

y á no ser así, ¿crééis que me lamentaria de su pérdida? Pero no quiero hablaros de mi; os hablaré de un objeto mas precioso y querido; de vos mismo Milord: Os perdeis miserablemente en la sociedad; permitidme esta espression hija de mi celo conyugal y del puro amor que os tengo; por todas partes se habla de vuestra pasion á Sofía. Si quereis que yo no lo crea obedeceré; pero pensais tener acaso sobre todos los jenios, sobre todos los corazones el mismo imperio que ejercéis en el mio? No Milord; deferid pues á la opinion de las gentes.

Si amais á Mis Sofía yo os compadezco, pero no debo ya finjir que ignoro lo que acaban de decirme, y de que mismo debeis estar bien enterado. Os suplico pues por el mundo, por vos mismo, por vuestros hijos, sin atrever-

me á nombraros á su desgraciada madre; nuestros hijos son para vos unos objetos queridos, estoy persuadido de ello; ea pues, por respecto suyo dignaos alejar de vuestra casa á esa Sofía; lo considero conveniente, lo juzgo necesario. En tanto, si pensais de otro modo, me persuadireis facilmente de que me he engañado.—Al pronunciar estas palabras vi asomar sus lagrimas, y para aprovecharme de su enternecimiento toqué la campanilla. Estaba prevenida Betsi y entró trayendo á mis hijos de la mano; se inclinaron ante su padre saludándole con respecto, y luego vinieron á arrojarse á mis brazos; enlazada con los suyos presentábamos el grupo mas tierno interesante y en esta aptitud me adelanté ácia mi esposo. Milord, le dije conteniendo el llanto; la madre de vuestros hijos se atre-

ve á suplicaros que no atenteis contra la consideracion y el respeto que deben tributarla un dia , envileciendo en su propia casa á la que se honra con el título de vuestro nombre. . . . permitiendo en fin que permanezca aquí por mas tiempo una mujer cuya culpable conducta no ignorabais sin duda cuando la trajisteis por compañera de la madre de vuestros hijos. . . . A vos mismo que la introdujisteis en vuestra morada , os toca hacerla entender que ya no puede residir en ella ni siquiera un dia. El honor reclama esta medida que debe aparecer como dictada por vos solo. . . . pudiera exigirlo de vuestra justicia , pero me es aun mas grato y satisfactorio esperar de vuestro afecto ; el que os profeso me enseñará el secreto para haceros olvidar lo que va á costaros tal

vez este sacrificio, y mi vida entera se empleará en bendeciros. . . . Pronuncié todo esto sin tomar aliento, temerosa de perder la serenidad de que tanto necesitaba. Me puse entonces de rodillas ante mi esposo; mis hijos me imitaron, y estas caras prendas al ver mis lagrimas y mi aptitud suplicante, dijeron balbucientes : piedad de mamá! Belton dominado por su tierna súplica exclamó : Ah ! yo soy el culpable. Y levantándome con cariño me estrechó contra su corazon que latia acelerado. Iba á escusarse, puse mi mano en su boca. . . . Querido Belton ni una palabra siquiera sobre este aflictivo objeto; me apresuré á contestar.

Si, dijo entonces, teneis razon. . . . Salió y volviendo á entrar, á pocos minutos despues, añadió. Enjugad el llanto, pue me avergüenzo de haberle

ocasionado ; mis Lington nos deja mañana : creed por tanto Mylady que cediendo á vuestros deseos sin dar asenso á las calumnias con que parece que han tratado de infamarla cerca de vos y Milord , le repliqué, dejadme que solo esperimente mi reconocimiento , y permitid que entreguen esto de parte de mis hijos á Sofía, pues al separarse de nuestra casa no debe hallarse sin recursos , y aun conviene que no se ignore el origen de ellos : era un billete de cincuenta libras esterlinas. Pidiome Milord con alguna turbacion que permitiese á Sofía despedirse de mi , á fin de evitarla el bochorno de aparecer como echada de casa , y no pareciéndome regular ; negarlo contesté : esta misma noche. Antes de separarse de mi me cojió de la mano , la besó , y sentí caer en ella una lagrима ! Ah !

Carlota ! por quien la vertió ? Cruel duda ! mis lábios la recogieron como un líquido que borraba la amarga memoria de mis penas. Si , querida amiga, la esperanza ha reconocido en mi corazon y quiero creer que mi esposo volverá á mi seno. Si me estubiese reservada tanta dicha , amada de él , querida de tí , de mis hijos. . . . Ah ! quisiera morir para no perder esta felicidad , pues , una hora de tal ventura seria mucho para mi débil corazon ; no podria resistirla.

CARTA 12.

Ana á Carlota.

SOFÍA ha entrado para despedirse. Empezó un discurso hipócrita y finjía ignorar cual era el enemigo oculto que la ponía en mal conmigo, pero yo la interrumpí diciendo con fria dignidad; Mis, preguntad á vuestra conciencia, que ella os responderá, y haciendo un ademán la mandé que saliese. Obedeció saludándome respetuosamente, y creí observar en sus miradas al momento de salir una amenazante ironía que me turbó por un instante, . . . pero volviendo pronto la imaginación á otros objetos, solo pensé en dar gracias al cielo que me dió valor para seguir tu dictamen coronado por el éxito, y me apresuré á

(67)

comunicar á tu corazon la alegria que has restituido al mio: Ah quisiera deberte cuantas felicidades me prepara el destino pues me parece que asi las gozaria mucho mejor. A Dios incomparable amiga.

CARTA 13.

Ana á Carlota.

Querida amiga, esta mañana marchó Sofía de casa. Oculta tras de una cortina la he visto bajar la escalera y atravesar una calle, donde por disposición mia la esperaba un coche, á fin de dar así á Belton una prueba de mi conato por complacerle en cuanto es compatible con mis deberes.

Ninguna señal de emoción se observaba en el semblante de Sofía: Su andar era ligero, su continente sereno, y su tono imperante, cuando mandaba alguna cosa á mis criados para que arreglasen su equipage. Te confesaré toda mi debilidad: seguía atenta todos sus movi-

mientos y esperaba verla dirigir la vista ácia las ventanas de Belton; rece-
laba que este espiase, como yo, su mar-
cha, y por lo mismo experimentaba una
especie de estremecimiento, viéndola su-
bir al coche sin la menor apariencia
de pesar, y aun me sonrojaba pensan-
do en mi esposo. Llegará su corrup-
cion á tanto extremo que se haya en-
tregado sin amor? conservará aun espe-
ranza de volver á ver á Belton? . . .
No quiero alimentar esta duda que me
tiene pesarosa, y cuando mi razon la
repele renace en el corazon á pesar mio!
Oh Dios! perdiese en mi para siem-
pre la confianza en que se funda el
mas dulce placer del sentimiento. . . .
Sé que he dejado de ser amada y te-
meré no serlo jamas. Regáñame pues
lo merezco sin duda; pero compádece-
me no obstante, ó mas bien tranquili-

zame acerca de un sobresalto que me hace á un mismo tiempo ingrata é infeliz.

CARTA 14

Ana á Carlota.

AL dia siguiente de la marcha de Sofía entró Belton en mi cuarto. Mylady, me dijo, Sofía regresa á Escócia dentro de poco y no la veré ya nunca. Si estais contenta, pido en premio de lo que acabo de hacer que la olvideis y jamas me habéis de ella. Al oír esto me he arrojado á sus brazos colmándole de manifestaciones de gratitud y de protestas de amor, á la verdad bien sinceras, y las ha admitido con semblante afectado, pero esta tibieza no me admira. Es imposible querida amiga que la pérdida de lo que ~~el~~ amamos nos deje siempre exentos de al-

go de disgusto contra el objeto á quien inmolamos nuestros caprichos ; ¿ pero no es verdad querida Carlota que me hubiera negado este sacrificio , si me hubiese desterrado enteramente de su corazón ? Si , él me ama todavía , lo creo. Se muestra mas cariñoso desde el feliz instante en que Sofía dejó de estar con nosotros ; abraza con mas frecuencia á mis hijos , los elogia , los ama, amará á su madre , conocerá su yerro ! . . Dime amiga mia , ¿ no has observado varias veces que los corazones sensibles no pueden soportar el vacío del objeto que es su dueño ? Al principio creen que puede substituir al amor la melancolía , pero mas pronto reconocen su error y vuelven á amar. Mi esposo ahora triste y pensativo , será luego tierno , y lo será conmigo. Mi mente se esplaya con gozo por el vasto campo de

la dicha que el corazon se promete : Belton me amará , me amarán mis hijos, tu me marás ; voy á reunir en fin todos los elementos de mi felicidad , y siendo dichosa madre , querida esposa, y amiga adorada , ¿ que podrá faltarme ? Tú presencia. Ah ! si , mientras te escriba que nada me falta me faltará mucho.

CARTA 15.

Ana á Carlota.

DESDE que volvió del continente Belford el mejor amigo de Belton, venia á casa muy de tarde en tarde. Esta novedad me hizo observar alguna tibieza entre la amistad de ambos, y cuando preguntaba á mi esposo acerca de esto, respondia con cierto embarazo me, que sin dejar de amarse dos personas podian prescindir de verse á menudo. Hoy para distraer á Belton y evitarle la confusion del primer momento, envié un recado á Belford, rogándole nos acompañase en la mesa : ha correspondido á mi invitacion y he observado en él un ademan de complacencia, cuando al

sentarse ha hechado de menos el cubierto para Sofía y ha mirado á Belton que sonrojándose ha dicho presuroso. Mis Lington nos ha dejado. Al punto he dirigido á Belford una pregunta indiferente á fin de precaver las suyas, y de variar el objeto de la conversacion. La comida ha sido alegre, pues no ignoras cuan amable es el trato de Belton cuando el quiere, y en esta ocasion ha querido. Belford le ha secundado perfectamente, y yo por mi parte me he esforzado para no parecer muy insulsa, y sin duda he sido discreta, pues ambos amigos han aplaudido algunas de mis ocurrencias. Me he retirado al tiempo de los postres, cuando ellos han entrado en la sala, me parecee haber notado en el semblante de ambos su antigua cordialidad. Te parece que Belford llegó á conocer la inclinacion de mi es-

poso ácia la tal Sofía? La desaprobaba sin duda, y por esto se estrañaba con Milord, pues Belford es severo en cuanto concierne al decoro. Por la noche me suplicó que cantase, y no habiéndome atrevido á ello, he pretestado un leve resfriado, para escusarme. Bien comprehendes el motivo, y aun creo que no se le ha ocultado á mi esposo, pues me ha cojido la mano apretándola con cariño. Ambos amigos me dejaron á las nueve y yo me fuí á ver á mis hijos, porque unicamente á su lado puedo calmar cierta inquietud interior que me domina. Belton los quiere, les hace mil caricias: ah! en tanto que los ame no podrá ser indiferente ácia su madre. . . . Pero que tengo yo pues, Carlota mia, que cedo á melancolicas ideas, y todo parece deber alejar. . . . Me habré vuelto yo acaso como los niños que se ha-

cen pedigüeños é insufribles á proporcion que se cede á sus antojos? Dime que es injusto mi temor, y repíteme que he vuelto al seno de mi esposo, pues ya que te soy deudora de haberme restituido la dicha, quiero recibir tambien de ti la seguridad de que su corazon es mio unicamente. A Dios.

CARTA 16.

Carlota á Ana.

ENJUGA tu llanto querida amiga. La pena te cae de perlas, y nadie llora con mas gracia que tu, pero encantas cuando sonries. Sonrie pues, yo te lo pido aunque no sea mas que para variar los modos que tienes que agradar. Hablo de veras amada amiga; no vea en ti ningun motivo de melancolía, y si una disposicion natural para ella en pos de graves disgustos. Te disimulo en los primeros instantes, pero es preciso dominarla y acoger mas placentera la dicha que á ti ha vuelto. Goza querida Ana de la ausencia de Sofía: si yo fuese hechicera, sacudiendo mi varita la haria

transportar hasta el cabo del mundo.

A Dios tierna amiga: no dudes que el corazon de tu Carlota es partícipe de cuanto el tuyo experimenta.

CARTA 17.

Ana á Carlota.

FELICÍTAME Carlota , pues todos mis tormentos han cesado. Hoy se casa Sofía y dentro de dos dias marchará al pais de Gales. Belton mismo me ha dado esta mañana tan plausible noticia , y la satisfaccion que aparecia en su rostro es para mi la mayor prueba de la sinceridad de su arrepentimiento. En el instante mismo que M. Linder vió á Sofía , quedo prendado de su hermosura, y la ofreció su mano , y su caudal , que dicen es considerable. Belton me ha suplicado que reciba la visita de los nuevos esposos , en lo cual he consentido atendiendo á que debe ser la última, y

á que dejan inmediatamente á Londres. Ya respiro con mas desahogo, y libre mi corazon del peso que le oprimia cuenta desde hoy los dias de su felicidad. Nada faltaria á tu amiga si fueses testigo de su satisfaccion; pero tu, sacrificándome á tus asuntos eternos, retardas tu ansiada venida, y llegaria á persuadirme de que me amas menos que antes si mi corazon pudiese admitir semejante duda. A Dios.

CARTA 18.

Carlota á Ana.

Mis Linder y su esposa han venido hoy, querida amiga, y al recibir su anuncio no he podido ser enteramente dueña de mi misma; sin embargo me he esforzado en parecer tranquila y les he recibido con la política conveniente. Sofía manifestaba cierta satisfaccion, y su discurso y sus modales eran desembarazados. ¿Que deduces tu de esta serenidad? M. Linder aunque bien parecido, tiene en su fisonomía y mas que todo en sus miradas, ciertos indicios de falsedad y bajeza que previenen muy poco en su favor, y me parece haber observado mucha afectacion en la pin-

tura que hizo de su felicidad , pues aunque sus palabras espresaban un amor ardiente , en su aire y su acento descubria algo de falacia. Se despidió de Milord esta mañana por cuya causa ha sido breve en su visita , y Sofía al levantarse , acercándose á mi y tomando el tono de una hipocrita amabilidad que sabe finjir perfectamente , me ha dado gracias por los beneficios de que la he colmado durante su permanencia en mi casa „Créd señora , me dijo , que llevo siempre conmigo tan gratos recuerdos.” Hice un ademan para manifestar á los nuevos esposos mis deseos de que su dicha sea completa , y te confieso que al verlos marchar , mi regocijo parecia al de un niño qué vé el fin de su castigo. Participa pues de mi alegría , querida Carlota , por este enlace que desvanece todos mis temores. En el colmo

de mi contento, ni aun se me ha ocurrido el preguntar á Belton como ha llegado á su noticia esta unión; pero ¿que importa? el está contento y nada deseo saber. La tranquilidad ha renacido para mi, veo feliz á mi esposo, está frecuentemente en mi compañía, y asistiéndole yo con el mayor esmero, alejo de nuestras conversaciones cuanto pudiera recordar ni aun indirectamente nuestra pasada desgracia: conozco que me agradece esta reserva, y aun algunas veces mirándome con atencion sus ojos se llenan de lagrimas. Ah Carlota mia! su llanto bastaria para absolverle, y mi corazon le está reconocido por tan preciosos sentimientos.

A Dios ¿cuanto tiempo piensas que pase todavia antes que yo llegue á gozar de una felicidad completa?

CARTA 19.

Carlota á Ana.

DIME querida Ana ¿porque te vuelves injusta al propio tiempo que recobras tu pérdida felicidad? Me acusas de que no pienso en volver á verte, y aun te atreves á creer que me complazco en ello. . . . ; Ingrata! no esperes que me justifique de semejante acusacion.

Cesa picarilla de hacerme tales cargos, y retractate de la ofensa que has hecho á tu Carlota, pues mientras la acusabas injustamente, procuraba despachar aunque mal sus negocios, con solo el objeto de reunirse á tí cuanto antes. Dentro de tres semanas estaré en tu compañía, libre de cuidados, y sin que

nada pueda separarnos ya. Respiremos ahora libremente mi querida Ana , pues Sofía está casada y ausente. Te aseguro que felicitaria con gusto al obsequioso Linder por haberse presentado tan á tiempo á suplir los efectos de la ciencia que yo deseaba poseer. Quiera el cielo que nunca oigamos hablar de esta pareja , unida tan pronto y en mi concepto tan oportunamente. No me dices cual es el condado del pais de Gales adonde van á habitar ; pero ¿ que importa con tal de que se alejen ? Mi satisfaccion es inesplicable por este acontecimiento ; pues si bien procuraba en mis anteriores cartas inspirarte una confianza de que yo misma carecia , pareciéndome asi á los cobardes que cantan cuando se hallan poseidos del miedo , y te decia que estubieses tranquila para animarme á imaginar que podias es-

tarlo, ahora te confieso que la permanencia de Sofía en Londres me quitaba el sueño. En fin, todo va bien, é irá mejor todavía dentro de tres semanas, pues entonces nos hallaremos reunidas. Aleja entretanto hasta la menor idea de tu pena, y encuentre yo en tu amable fisonomía la calma y aquella angélica armonía que te hacen tan encantadora. A Dios Ana, mi única amiga. ¡Cuanto deseo no tener que escribir esta palabra que me parece triste, cuando se dirige en ausencia á quien se ama tan tiernamente!

CARTA 20.

Ana á Carlota.

¡ LLEGÓ en fin querida Carlota la hora suspirada de tu venida , y cada dia que pase me acercará mas al deseado momento en que lograré estrecharte contra mi corazon ! ; cuan grato me seria poder renunciar al tiempo de mi vida que me separa de tan dichoso instante ! Apenas creeré que gozo nuevamente de felicidad mientras no te hables á mi lado para completarla. A tus consejos debo unicamente su goce , y tu presencia aumentándola me asegurará su duracion ; Oh amiga mia ! cuan grato es gozar del sosiego despues de haberle creido perdido para siempre ! Mi

alma está absorta y algunas veces me
creo dominada por un sueño. Ven Car-
lota mia, ven á confirmar la realidad
con el hechizo de tu presencia. No me
reconvengas por haberte reñido, y per-
suádete de que confesaré mi yerro si tu
pronta venida me obliga á reconocerle.

CARTA 21.

Carlota á Ana.

¿SABES mi querida amiga que se manifiesta mejor tu talento en la prosperidad que en la desgracia? Tu última carta está encantadora al paso que las anteriores traspasaban mi corazon. Ah! cuan contenta estoy de verte libre de pesares! Pero quizá te figurarás que teniendo que consolarte, mis cartas serán por eso mas laconicas. . . no, amiga mia, aun puedo entablar otro asunto mas interesante y es el de elojarte cuanto mereces: mas aunque me complaceria esta ocupacion que es por si sola capaz de sujerirme ideas me desentendiendo de ella por no enfadarte con mis elojios.

Si me propusiera tomar ahora cierto alicorno de viuda y de amiga llena de experiencia, te dirijiria un elocuente discurso muy largo y moral, sobre el modo con que debes comportarte para atraer á tu marido, y entonces te diria muy bellas cosas; pero yo no soy un gran maestro, y contemplo algo á mis discipulos. . . . ¿quieres que te indique el medio de ser la mas amable de las mujeres? pues no pienses en esto por que perderias el tiempo inutilmente. Continua como hasta aquí y serás siempre amada, pues haciéndote justicia debo decir que las recomendables prendas de virtud, discrecion y hermosura que tanto te adornan, bastan para grangearte el aprecio y la estimacion de todos los corazones. En este caso ves claramente que tu marido seria el único que pudiera desconocer tu mérito, y esto no es po-

sible. Continua repito siendo la misma y Belton te amará. A Dios querida mia; me obligan á dejar de escribirte y lo siento , porque este era capítulo interesante y del cual no habia apurado la materia. Te abrazo con la mayor cordialidad : ya no quedan mas que veinte y dos dias incluso el de hoy , y apostaria á que los cuentas en Londres como yo en Edimburgo, y aun tambien á que no nos equivocamos ni en un cuarto de hora. A Dios Ana mia ; cuando llegaremos al fin de nuestro cálculo !

CARTA 22.

Ana á Carlota.

Soy sin duda dichosa mi querida Carlota, porque veo que empiezas á escribirme alegre, lo que no sucedia hace dos años: bien es verdad que esta privacion era mayor para ti, atendiendo á que por dicha mia me basta amar y ser amada, al paso que para la tuya es preciso que ámes y te alegres por ti sola. Pero sea como quiera, es necesario que vengas querida amiga, y aun nos quedan doce dias de separacion. ¿Eres hechicera para adivinar que los cuento por mi parte? pues lo has acertado: y como además mi memoria es débil, y en asunto tan poco interesante á mi corazon podria facilmente equivocar-

me en algunos dias, he aqui el medio de que me valgo para evitarlo. Tengo una escelente amiga, á quien sin duda conoces, la cual me ha escrito varias veces y cuya correspondencia conservo; habiéndome prometido que la veria en el término preciso de un mes, he entresacado treinta de sus cartas mas alegres é interesantes. . . . ¡ treinta nada menos entre tan linda coleccion! Cada dia leo una, dos ó tres veces, por la tarde la vuelvo al escritorio de donde la saqué, y hoy solo me quedan doce por leer. No hay duda que es una tarea muy penosa, mas á pesar de todo me la he impuesto á mi misma, pues quiero que el placer de ver su término me haga soportar menos tristemente el sentimiento de no verte.

Pero dejando á parte las chanzas querida amiga, te aseguro que mi impaciencia se aumenta á proporcion que

los dias pasan: los últimos instantes de la separacion son los mas penosos. En la imposibilidad de ser uno feliz, hay una necesidad de someterse al destino ⁺ que obliga al alma á la resignacion, y la reduce á un estado de abatimiento que la hace mas llevadera; pero en la certeza de un acontecimiento dichoso, se mezcla una agitacion que hace la esperanza cuasi dolorosa. Vemos el objeto, parece que le tocamos; sin embargo, no se consigue, y esto nos produce una verdadera incomodidad.

Ya ves que tu sensible amiga es algunas veces poco razonable, pues se atreve á quejarse cuando es amada de su esposo y aguarda á su mejor amiga; pero tambien debes deducir de esto mi querida Carlota que su corazon no puede vivir sin tí, aun cuando no le quede nada que desear bajo cualquier otro aspecto.

CARTA 23.

Ana á Carlota.

LAS cartas que Belton ha recibido de Irlanda , manifestándole la poca confianza pue debe tener en el sujeto que administra alli sus bienes , le han incomodado bastante , por lo cual ha dispuesto que marche Tom , su ayuda de cámara y persona de toda su confianza , para asegurarse del estado en que se hallan sus intereses , y enterarse de cuanto ocurra sin la menor demora.

De todos modos ha querido consultar antes conmigo , pero bien sabes que siempre soy del parecer de mi esposo desde que he tenido la dicha de verle

reconciliado con mi amor. Es tan amable que puede uno tolerar el engañarse á sí mismo cuando el se engaña. ¿Convienes en esto mi amada Carlota? No siento que Milord tenga algunos disgustillos por razon de intereses, porque ellos le distraerán del amor que tu sabes, y el cual recuerdo muy apesadumado. ¡Que importa que pierda algunos miles de libras esterlinas, con tal que el sentimiento le haga olvidar á la pérfida! Ah! si estuviera segura de que produjese tan saludable efecto, cuanto desearia ser pobre! Te amo mucho y seré siempre rica si soy correspondida. A Dios.

CARTA 241

Ana á Carlota.

DESPUES de mi última carta ha sabido Belton con certeza que su administrador en Irlanda es un bribon, y siendo indispensable su presencia en aquel punto, se ha decidido á partir inmediatamente para precaver mayores abusos. Sino fuera necesaria su marcha, me seria indiferente este acontecimiento. ¿Que puede importarme, como te he dicho, la pérdida de algunos intereses habiendo encontrado los inapreciables bienes de la paz, y el corazon de mi esposo? Cuando este me ha manifestado sentimiento por su separacion, me atreví á dejarle entrever mi deseo de seguirle, mas

por una parte sus razones reducidas á la necesidad de llegar prontamente, y sorprender á su infiel Administrador, lo cual no conseguiria tal vez si fuese yo en su compañía, y por otra el poco tiempo que debe durar su ausencia, me han inclinado á ceder aunque no sin mucha repugnancia. Belford, que vino á casa esta tarde, observando mi tristeza me preguntó la causa, y mi esposo le enteró de su marcha y de los motivos que la ocasionan: este excelente amigo se ha ofrecido á acompañarle y ayudarle en su comision; pero Belton al propio tiempo que le dió gracias por esta nueva prueba de su afecto, reusó admitirla y aun me parece que manifestó algun disgusto. En varias ocasiones he observado en Belton esta predisposicion á incomodarse, pero en el caso presente me ha desazonado

muchísimo, y aun Belford se manifestó como agraviado: miró á mi esposo, que sonrojado y tomándole la mano con afecto, „perdonad, le dijo, un movimiento que mi situacion disculpa en parte, y crea que no tenia necesidad de esta reciente prueba para ver en vos el modelo de la amistad.” Belford, aunque recibió esta satisfaccion penetrado de sensibilidad, manifestó en el semblante durante su visita cierta inquietud que llamó mi atencion. Yo le creo resentido; pero ¿quien puede con razon culpar este leve defecto en una persona que posee por otra parte tantas cualidades recomendables? Ah Carlota! mi alma abatida con la idea de este viaje tan pronto y tan inesperado, necesita de tus consuelos mas que nunca. . . . Me interrumpen en este momento. . . . Era Belton que acaba de anunciarme su decision de marchar esta misma no-

che, pues teme que la tardanza haga infructuoso el objeto de su viaje. . . Carlota mia, tu amiga no estaba preparada para esta separacion tan repentina; al contrario me encuentro muy débil y temo desagradables resultados con respecto á mi salud.

CARTA 25.

Carlota á Ana.

ERES muy niña querida amiga: ¿porque te desconsuela este viaje que probablemente no durará un mes? Si estuvieses en estado de raciocinar, te diria que puede serte ventajoso el que los negocios de Milord le obliguen á pasar á Irlanda en este momento. Vive segura de que aquel pais no tiene atractivos para que Belton subsista en el mucho tiempo, y el objeto que le llama á permanecer alli, desterrará de su mente y de su corazon ciertas ideas que podrian entristecer el tuyo en lo venidero; ademas, que no conozco mejor medio para ser uno virtuoso que

el hallarse siempre ocupado. Como no te considero en estado de comprender mis razones , prefiero ir á consolarte mas bien que darte ahora pruebas de la necesidad de que te consueles. A Dios.

CARTA 26.

Ana á Carlota.

YA partió, Carlota mia; y aunque su ausencia, debe ser muy corta, segun me ha asegurado muchas veces, no se que triste presentimiento oprime mi corazon: ahora conozco que debí insistir con mas eficacia, en que me permitiese acompañarle. ¿Que importaba la fatiga de un viaje que hubiera soportado con tanto gusto? ni que fuerza tienen las razones que me inclinaron á quedarme, comparadas con la tristeza que domina imperiosamente á mi alma? Me reconvento á mi misma por mi necia timidez, y aun te acuso en el exceso de mi pena, como la causa de no haberme resuel-

to á dejar mis hijos al cuidado de una criada. No se que recelo interior oprime mi corazon. La felicidad es muy frágil, y se necesita poco para perderla . . Yo habia vuelto á ser dichosa. . . pero acaso continuaré siéndolo en adelante? Mi razon procura oponerse á los presajios del corazon pero no puede triunfar de sus celos. Ah! ven Carlota mia, ven; quizás la satisfaccion de encontrarme á tu lado las calmará como deseo pues habiendo sido siempre mi ángel tutelar lo serás tambien en la triste situacion en que me encuentro.

CARTA 27.

Belton á su esposa.

HACE pocos dias que he llegado Anamia, y como conozco perfectamente vuestro corazon, empiezo esta carta asegurandoos que estoy bueno, y que la travesía ha sido feliz; pero en desquite he hallado mis negocios en el mayor desorden, tanto que las noticias que nos habia comunicado Tom, eran nada en comparacion del estado en que aquellos se encuentran. Estoy afligidisimo, amiga mia; no tanto por las pérdidas considerables que temo, como por el largo tiempo que debo permanecer en este horroroso pais, donde he tomado el partido de no ver á nadie aunque me tengan por intra-

table, porque no he venido aquí con objeto de divertirme. Ya tendreis exactamente noticias mias, pues ademas del placer que tendré en escribiros conozco tambien el que experimentaréis al recibir mis cartas. Entretanto, me consuela la idea de que Mistris Clifford y Belford estarán muchos ratos en vuestra compañía. Haced presente mis respetos á la primera y manifestad al segundo mi particular afecto. A Dios Milady: abrazo tiernamente á mis hijos, abrazo igualmente á su madre, y la ruego se persuada de que aun cuando no se hallase en Londres, me apresuraria á regresar: ¡que juzgue pues si perderé siquiera un dia estando en esa capital el objeto de mi cariño!

CARTA 28.

Ana á Carlota.

ALGUNAS calenturillas que atribuyo al sentimiento que me causa la ausencia de mi esposo, me han impedido el escribirte en estos dias , y los continuos dolores de cabeza que padezco , apenas me permiten entregarme á trabajo alguno mental. Belford , á quien creo tan sensible como celoso por el bien de sus amigos , manifiesta tomar una parte muy sincera en mi pena. Al dia siguiente que partió Belton vino á verme , y no te puedo explicar como quisiera la espresion de su fisonomía alterada cuando supo que Milord habia marchado la noche antes : en su rostro se leía

la sorpresa , el sentimiento , y aun la cólera que procuraba disimular , y todo me inclinó á creer que se hallaba todavía reséntido por la entrevista pasada. Penetrada yo de esta idea , le dije lo que me pareció mas á proposito para sosegarle ; pero cuanto mas me esforzaba al intento , tanto mas incomodado parecia : mis lágrimas sobre todo aumentaban su agitacion. De repente se levanta , toma mi mano que besa enajenado , y dirijiéndome una mirada en que se confundia el respeto con la ternura , „angel de bondad , esclama , ¿ quien mejor que vos merecia la felicidad ” ? . . . Salió al momento de casa , y no ha pasado un solo dia sin venir á enterarse del estado de mi salud. Si , amiga el buen Belford es sensible , ama á mi esposo , conozco que padece por su ausencia y que toma parte en mis pe-

nas. . . . Siento en el alma que no haya obtenido el permiso de acompañarle, pues le hubiese ayudado con sus consejos, y su vuelta hubiera sido mas breve. A Dios Carlota, mia se acerca el tiempo de tu llegada. ¡Ojalá pudiese apresurarlo con mis deseos!

CARTA 29.

Carlota á Ana.

Voy á ponerme en camino, querida Ana, y esta carta precederá á mi llegada tan solo veinte y cuatro horas. Dejo de escribirte para tener el gusto de verte pronto. A Dios mi única amiga, á Dios, ó mas bien hasta vernos.

CARTA 30.

Belford á Belton.

¿QUE es lo que debo pensar de vos Belton? La casualidad acumula ciertas circunstancias para haceros parecer culpable, ó lo sois en efecto. Oh! cuanto me violento para creerlo! mas apesar de mi adhesion ácia vos, apenas puedo dudarlo. Despues de nuestra última entrevista fuí á pedir os esplicaciones acerca de la partida de Linder para las indias, donde ha sido empleado á solicitud vuestra en una de las factorias de la compañía, segun me han dicho. Esta noticia que debo á la casualidad me ha sorprendido en extremo, y aun os confieso que esperimenté alguna inquietud: sin em-

bargo esforzándome para desvanecerla llegué á vuestra casa á tiempo que me anunciasteis vuestra partida á Irlanda: desvanecidos mis temores con este anuncio me ofrecí á acompañaros, pero vuestra negativa y sobre todo el mal humor que mi proposicion os causó, los hicieron renacer, porque conociendo vuestra repugnancia á entrar en pormenores de negocios, me persuado que hubierais aceptado sin titubear mi proposicion á no mediar un motivo oculto que aun ignoro. Os dejé pues inquieto y descontento, y acusaba unas veces á mi amigo y otras á mi mismo por creeros culpable sin mas pruebas que mis sospechas; pero deseoso de obtener esplicaciones que me tranquilizasen, me apresuré al siguiente dia á ir á buscaros á vuestra casa, y supe que estabais decidido á marchar en la misma noche.

No pudiendo soportar tan largo tiempo una duda que la amistad hace tan cruel, he dado cuantos pasos me ha sugerido mi celo para adquirir algunas luces. de mis indagaciones resulta que Lindner es un miserable: que su mujer se ha ausentado de Londres diciendo que iba á pasar algunos dias en Richemont, y que se dirijiria desde allí al pais de Gales. Inmediatamente pasé á dicha ciudad en donde se me aseguró que M.^{ma} Lindner había tomado hacia algunos dias el camino de. . . Este camino no se dirige al pais de Gales sino al puerto de embarque para Irlanda. ¿Que deberé deducir de esto sino que Sofía está resuelta á seguirlos? ¿pero os seguirá con vuestro consentimiento? Todo me inclina á creerlo así, y sin embargo me complazco en dudar aun. Semejante conducta proba-

ria tanta doblez y una costumbre tan profunda en el arte de engañar, que no quiero llegar á creer que sea capaz de ella aquel que desde la infancia ha sido mi amigo mas íntimo. O Dios! si adquiriese tan horrible convicción; cual sería mi remordimiento por haber contribuido, aunque inocentemente, á uniros con esa mujer artificiosa, cuando creí entonces servir á una joven inocente y virtuosa! Estos remordimientos acibararian el resto de mi vida, pues lo que hice hubiera atraído la desgracia á vuestra anjelical esposa. . . . Ah Belton! ¡Si vieseis correr sus lágrimas! ¡Si oyeseis las tiernas espresiones con que manifiesta el amor que os tiene y el sentimiento que padece por vuestra ausencia. . . Pero habeis sido otras veces testigo de su llanto. . . . Ah! como no os ha vuelto á vuestro deber si estais efectiva-

mente extraviado? Belton, Belton; dis-
pertad de vuestro letargo: volved á en-
trar en la senda del honor si os habeis
separado de ella. . . en la senda por
donde los dos caminamos tanto tiem-
po juntos: acordaos que sois esposo y
padre; volvedme á mi amigo, y no me
condeneis al tormento de perderle de
un modo que me dejaria inconsolable.

CARTA 31.

Belford á Belton.

HABEIS dejado, Milord, de contestar á mi carta, é interpretando vuestro silencio, le imitaria si el temor de una desgracia, cuyos resultados son difíciles de prever, no me impusiera la obligacion de daros el último aviso.

Milady Belton, que padece cada vez mas desde que os separasteis de ella, conociendo por vuestra carta que la ausencia sería mas larga de lo que indicasteis antes de partir, y aun entreviendo por ciertas espresiones confusas la ocultacion del término que tanto anela, se ha decidido á ir á buscaros. La oportuna llegada de Mistris

Clifford ha facilitado esta resolucion, pues la tranquiliza en cuanto al cuidado de sus hijos , y á consecuencia se embarcará en la Elisabet que se hace á la vela dentro de dos dias. Deducid Milord de esta determinacion el afecto que os profesa , precisamente en la época en que acaba de reunirse con una amiga á quien ama tiernamente , y que lo ha abandonado todo para gozar de su compañía ; Que golpe tan terrible recibiría esta sensible esposa si ! . . . Me apresuro á dirijiros esta carta que precederá cuarenta y ocho horas á la llegada de Milady. A Dios Milord.

CARTA 32.

Ana á Carlota.

¿A que corazon puede compararse el tuyo Carlota mia? ¿ni que podrá igualar á tu afecto, y á la abnegacion de ti misma que te hace los sacrificios mas dulces y fáciles cuando se trata del reposo de tu Ana? Ah mi incomparable amiga! no es posible que conozcas todo el precio de tu servicio en proporcionarme que adelante dos dias el momento determinado para mi marcha. . . . tu sola has sabido interpretar mi corazon. Belford es bueno y sensible; pero al fin es hombre, y las mujeres entre si se compadecen mejor sus penas. Ademàs ¿no has notado que pa-

recia desaprobarme mi resolución? ¿cual puede ser el motivo, sino que su corazón no ha sabido adivinar la impaciencia del mío? Si hubiese tenido la menor idea de ella, ¿no hubiera descubierto como tu, que el buque en que me hallo embarcada se hacia á la vela dos dias antes que el que debia conducir-me? Ah! dos dias son dos siglos. . . . Carlota mia, esta impaciencia pareceria fuera de razon á cualquiera que no fuese tu, y aun yo misma la acrimino algunas veces; pero al confesártela yo has sido indulgente con tu amiga. Un negro presentimiento parece anunciarme desde la partida de mi esposo que nõ debo volver á verle: mis sueños hijos de una acalorada fantasia, me ofrecen solo horrorosas imágenes, y á no mediar tu oportuna cooperacion, hubiera sido víctima del dolor que me domi-

naba y de que mi razon no podia triunfar por si sola. . . . mi destino es debértelo todo amiga mia. Al poner el pie en el buque que me conduce hacia donde está mi esposo, me parecia que el corazon se aliviaba del extraordinario peso que le oprimia, y respiraba con mas libertad. ¿Piensas, como yo, que Belton se alegrará de mi afan por verle pronto? Toda me estremezco con la idea de hallarme á su lado ; cual será pues mi satisfaccion cuando me vea estrechada entre los brazos de mi esposo adorado, cuando le oiga espresar su gratitud por la agradable sorpresa que le preparo ! Si, agradable sorpresa, porque no creo que Belford me haya hecho traicion habiéndole suplicado que no le noticiase mi marcha. A Dios Carlota mia, haz mil tiernos, cariños á mis hijos, y creerán recibirlos de mi. Al

desembarcar cuidaré de poner esta en el correo, y te escribiré cuando haya visto á mi esposo. Carlota mia, ¡que placer tendré en participarte este acontecimiento!

CARTA 33.

Ana á Carlota.

A bordo de la Elisábet.

QUERIDA amiga, juzga de mi admiración y mi alegría! Por una gran casualidad, el capitán del buque que me conduce á Irlanda es el buen M. Mitchel á quien has visto varias veces en casa, y al reconocernos en la mesa hemos experimentado mutua complacencia. Su política se ha estendido á manifestarme la satisfacción que le resultaba de hallarse encargado de cuidarme la primera vez que me embarcaba, añadiendo que hubiera ignorado que mi esposo estuviese en Irlanda, si la víspera de mi

llegada á bordo no hubiese visto una carta para Lord Belton en el paquete del correo de aquel pais, que conducia en su buque: yo dudando de la certeza de su dicho, le supliqué que me la enseñase, y ¿lo creerás? es del apático Belford, que apesar de su palabra le escribe seguramente noticiándole mi viaje. Mi cólera divirtió á M. Mitchel que me prometió no enviar esta carta al correo hasta ponerme en tierra: asi me hallo mas tranquila y cierta de sorprender á mi esposo, que no será insensible á esta nueva prueba de mi amor.... Vamos á vernos reunidos querida amiga ¡que felicidad para mi! Pero ¿que me dices de ese Belford que queria privarme de una parte del júbilo que tendré al sorprender á mi esposo? Por un acaso inesperado he reconocido su sobre

y sello, y la bondad del complaciente M. Mitchel ha concurrido á secundar mi proyecto. A Dios mi buena y querida amiga. . . . estoy tan contenta, que apesar de la incomodidad de esta travesia, tal vez no lograré reconciliar el sueño. Piensa en que mañana desembarco y que dentro de dos dias estaré en el castillo de Belton, y no me acrimines porque esta idea me impide llorar por nuestra actual separacion. ¡Mi buena Carlota! bien sabes cuanto te amo y el lugar que ocupas en mi razon, pero me permites amar á mi esposo tanto como á ti te quiero. A Dios.

CARTA 34.

Belford á Carlota.

ACABO de llegar mi estimada Clifford. Lady Belton me ha precedido algunas horas: pero ¡ay de mi! estas pueden bastar. . . ¡Ah! ¡si algun feliz incidente pudiese retardar su marcha! . . . Camino á caballo para adelantar mas, y vuelo en seguimiento. . . . ¡Quiera el cielo que logre con mi actividad librarnos de eternas lágrimas, y concedame su protección, pues que un solo instante! Ay señora! no podeis formar una justa idea del horrible martirio que padezco.

CARTA 35.

Ana á Carlota.

CARLOTA mia, todo concluyó para tu desgraciada amiga! Mi corazon está despedazado. Belton me engañó. Sofía. estaba aquí. ¡con él! Te lego mis hijos. Que ellos ignoren siempre. Ya no los veré. conozco que mi vida se acaba. ¡que será de tu amiga. A Dios.

*Continuacion de esta carta por Mis-
tris Watkins, doncella de Lady Belton.*

MI amada señora me manda que os dirija un resumen de su desgracia, cuyo

encargo desempeñaré muy mal , á causa de mi grave sentimiento por el horrible estado en que la veo. . . . Dios mio ! ¿quien nos hubiese dicho que este viaje emprendido con tanto júbilo terminaria tan funestamente ? Pero debo obedecer á Milady.

Apenas desembarcamos, hizo mi Señora que trajesen un coche de viaje , y era tal su impaciencia por reunirse á Milord , que desatendiendo mis reiteradas instancias , no quiso tomar alimento ni entregarse al descanso : prodigó el oro y consiguió hacer la marcha con increíble celeridad. Llegamos al castillo de Belton á las seis de la mañana , y apeose Milady á la entrada para evitar que el ruido del coche llamase la atención de su esposo á quien deseaba sorprender.

Llegamos á la primera reja del parque

que nos abrió un guarda-bosques admitido por Milord en aquellos dias, y el cual no conocía á Milady; esta me prohibió nombrarla, y llegó sin encontrar á nadie hasta la habitacion del viejo Conserje, quien pareció turbarse á su vista. Mi ama le mandó que la introdujese sin ruido: obedeció, y despues de abrir la puerta de la sala principal, haciendo una respetuosa cortesía la dijo que iba á dar aviso á Milord; pero mi Señora se opuso queriendo anunciarse en persona. Se adelantaba ya acia la puerta cuando el anciano Patrick, cuya turbacion crecia visiblemente, hizo un movimiento para impedirselo, y Milady le miró quedando sorprendida de la alteracion de su fisonomia. El temor de que Milord hubiese tenido alguna desgracia, la sobrecoje en el momento y con voz alterada quiere informarse. . . Patrick la

tranquiliza diciendo que al regresar Milord de una larga cacería se sintió fatigado: que por la noche habia tenido un ligero acceso de calentura; y que no habiéndose dormido hasta la madrugada creía necesario su reposo, por lo que se tomaba la libertad de hacer presente á Milady la necesidad de no turbarle en aquel momento. Mi Señora le encargó que no despertase á nadie y sobretudo que ocultase su llegada, y subió inmediatamente á su habitacion, adonde la seguí. Apenas entramos en ella, no pudiendo dominar su impaciencia, se dirigió hacia un corredor que comunica con el cuarto de Milord y va á parar á su alcoba: resolvió entrar sin ruido y esperar en silencio que se despertase, para causarle de este modo una grata sorpresa. La seguí tan solo hasta el fin del corredor, como era regular, y

me retiré en el momento que se acercaba á la puerta; pero apenas me hallaba de regreso en el cuarto de Milady cuando un grito penetrante, y el ruido confuso de muchas voces que se oían en el corredor, me obligaron á volver precipitadamente.

Ah, Milady! ¡como podré pintaros mi triste situacion al ver á mi ama tendida en el suelo sin conocimiento! La sangre inundaba su rostro y sus vestidos. . . . Milord medio desnudo se esforzaba para levantarla. . . y lo creéis? ví á M.^{ma} Linder huir azorada y sin aliño de la alcoba. . . .

Transportamos á su cuarto á Milady que se hallaba sin movimiento, y buscando yo el paraje donde se había herido, advertí con dolor que la sangre salía de la boca. . . . Ay de mi! . . . mi desgraciada Ama se había roto una ve-

na interior. Milord desesperado se cubría el rostro con las manos. . . todos la creímos muerta durante algunos minutos. Mediante un cordial conseguí en fin detener la hemorragia. Hizo Milady entonces un leve movimiento, y temiendo yo que otra cualquiera emocion le costase la vida, supliqué á Milord que se retirase, en lo que consintió, diciéndome que iba á buscar al doctor Macpherson. Abrió mi Señora los ojos y reconoció todo el aposento. Persuadida yo de que deseaba ver á su esposo, la dije que habia ido á buscar socorros, y puso entonces la mano sobre su corazon, manifestando con un jesto que serian inútiles. . . . Ahogabánme los sollozos y notándolo la paciente me lo agradeció por medio de una de aquellas interesantes miradas que la hacen tan amable. Al cabo de una hora me mandó por señas

que la llevase la escribania , y trazó los pocos renglones que habreis visto al principio de esta carta ; mas no pudiendo proseguir me dió á entender tambien por señas repetidas , que queria os informase de cuanto ha pasado y ocurriera . . . despues ya no ha pronunciado ni siquiera una palabra Estoy desesperada, Milady , y me será odiosa la vida si pierdo mi buena , mi incomparable Señora , á quien he visto nacer y creia destinada á gozar de una completa dicha Estoy impaciente hasta la llegada del doctor Macpherson Salvirá este una vida tan preciosa ? El respeto me prohibe hacer reflexiones sobre este desgraciado acontecimiento ; mas si perece mi Señora jamas podré consolarme Ah ! ¡ si yo pudiese conservar sus dias á costa de mi propia existencia !

(134)

Perdonad por lo malo de la letra,
pues mis ojos hinchados de llorar ni
siquiera pueden distinguir los caracte-
res. Soy &c.

10/8



CARTA 36.

Belford á Mistris Clifford.

Castillo de Belton á las 10 de la mañana.

HE llegado tarde. . . . Lady Belton se anticipó á mi arribo algunas horas y todos mis temores se realizaron. Ah Milady ; Que horroroso acontecimiento ! El estado de vuestra desgraciada amiga me hace temer el fin de su existencia , y se me figura ver mil puñales que amenazan á mi corazon. Si parece acabó el reposo durante el resto de mis dias. . . Siempre , siempre veré en mi mismo el cómplice del golpe que la acaba. . . Perdonad Mistris Clifford la turbacion

que me domina. . . . ¿ Quien mejor que vos podrá comprenderla y escusarla ?

Esperaba alcanzar á Lady Belton persuadiéndome que habria tenido algunas horas de descanso en el camino ; pero ; cuan poco la conocia ! . . . La infeliz marchaba con precipitacion al encuentro de una suerte horrorosa. . . . Perdí un caballo , corrí con increíble celeridad , y divisaba ya las torres del castillo de Belton cuando mi caballo cansado cayó en tierra.

En la imposibilidad de adquirir otro le dejé tendido en el camino , y corriendo á pie el espacio de dos millas, llegué anelante á la primera reja del castillo , é iba á llamar cuando vi que estaba abierta : esta circunstancia aumentó mi turbacion , porque cuando tememos una desgracia cualquier incidente nos parece un siniestro presajio. Llegué á la

habitacion del conserje , cuyo aspecto consternado confirmó mis temores ”; Ay ” Sir Belford ! exclamó el anciano Patrick , entraís en una casa de duelo. ” Milady se muere y Milord ” . . No le dejo acabar y entro precipitadamente en la casa llamando á Belton á grandes gritos. El calor , la rapidez de mi marcha á pié y mi ansiedad , habian acalorado mi cabeza en términos que apenas sabía lo que hacía. . . . Mi voz penetró hasta el oido de vuestra anjelial amiga , y la fiel Watkins me dijo que quería verme. . . . ; Ah Señora que cuadro tan lastimoso se presentó á mi vista ! . . . La inocente víctima estaba tendida en un lecho , y al verme procuró levantar su cabeza , pero volvió á caer sobre la almocada , semejante al lirio herido por el rayo. . . . Alárgome su mano que recibí de rodillas ; esta-

ba húmeda y helada, y un sudor frio inundaba su frente; pero sus ojos no vertian lágrimas: un profundo estupor sustituía á su celeste espresion, y la respiracion era anelosa; quiso hablar, no pudo, y este esfuerzo la hizo perder el sentido. A favor de nuestros cuidados recobró su conocimiento y yo me retiré para no renovar esta emocion demasiado viva. . . . Perseguido por tan triste imagen, y presa de la agitacion mas dolorosa, bajé de aquel cuarto á tiempo que traian las cartas á Lord Belton, entre las cuales reconocí la mia. ¡Ah Milady! que fatalidad ha hecho vanas todas mis precauciones. . . . Estoy desesperado.

CARTA 37.

Sir Belford á Mistris Clifford.

Castillo de Belton á las 2 de la tarde.

VUESTRA amiga se encuentra en el mismo estado de postracion, y Watkins me ha dicho que desde que aconteció la desgracia que lloramos, no ha pronunciado ni siquiera una palabra; pero ha querido colocarse cerca de un balcon que dá sobre la puerta principal de la casa, con objeto sin duda de espiar la llegada de su esposo. . . . O amable y desgraciada Señora!

Los pormenores que he adquirido son horribles. Belton nos ha engañado á

todos, y las supuestas noticias de Irlanda eran un pretexto para encubrir el objeto de su viaje. La indigna Sofía le precedió acompañada de Tom su confidente. Los criados indignados contra esta mujer que les trataba con dureza y altanería, la acusan de una intriga amorosa y secreta con Sir Obrian caballero rico de esta vecindad, el cual venia frecuentemente á verla antes de la llegada de Belton, y aun aseguran que despues han tenido comunicacion frecuentemente en un sitio retirado del parque. . . . Gran Dios! ; á que despreciable criatura ha sacrificado vuestra angelical amiga!

Cada momento me informo de su estado, pero siempre permanece en la misma inmovilidad, y padece los mismos desmayos en el instante que hace el mas leve movimiento. . . . Vuelo al

encuentro del médico porque no puedo mantenerme apático. . . . la quietud me incomoda y me parece que ajitándome apresuraré la llegada del doctor Macpherson. . . . Que nos dirá?

CARTA 38.

Sir Belford á Mistris Clifford.

Castillo de Belton el mismo dia á las 12 de la noche.

QUERIDA Mistris Clifford: nuestros males llegaron á su colmo ! . . . vuestra incomparable amiga ya no existe. . . . ha ocupado su lugar entre los anjeles. Belton culpable , pero severamente castigado , está cercano á su última hora. ¡ Dichoso en parte pues una pronta muerte puede librarle de los remordimientos que le atormentan ! . . . , la indigna criatura que le estravió es la causa de su castigo . . . justa retribucion aunque terrible. . . . Padezco casi tanto

como él, y nunca podré consolarme.

Despues de cerrada mi última carta salí del Castillo en busca del médico. . . La conducta de Belton, el estado de su anjelical esposa y cuanto acababa de saber de la abominable Sofía aumentaba mi indignacion; y la idea de que habia servido de instrumento de esta odiosa intriga hacía hervir mi sangre: el odio que penetraba en mi corazon aceleraba mis pasos, y no sé el resultado que hubiera tenido un encuentro con Belton, si á unas dos millas poco mas ó menos y en un bosque sito al lado del camino, no hubiese oido dos tiros que me hicieron estremecer. Me introduje presuroso en el soto, y descubrí á cierta distancia un hombre y una mujer que huian con señales de espanto. Abrime paso entre la maleza, y habiendo llegado á un sitio despejado vi á Lord Bel-

ton apoyado contra un árbol, y sostenido por un hombre que se afanaba en restañar la sangre que le salía á borbotones de una herida que tenía en el pecho. La rabia mas que el dolor desfiguraba su fisonomía, y le hacía prorumpir en imprecaciones horribles... Luego que me conoció se arrojó al suelo ocultando el rostro: la violencia y la pérdida de sangre habian apurado sus fuerzas: le pusimos tendido sobre unos céspedes, y dejando á su lado el sujeto con quien estaba, y que juzgué desde luego ser el médico que traia para su esposa, corrí á pedir pronto socorros. Con unas angarillas en que hice poner un colchon, conseguimos transportarle al castillo, siendo la marcha lenta y penosa, porque el menor movimiento le causaba insoportables dolores y renovaba la hemorragia. Durante la marcha

supe por el médico las circunstancias de este lance desastroso.

Se hallaban á la entrada del bosque: Belton se habia adelantado algunos pasos, cuando al volver el camino, que en este sitio forma un recodo, le vió apretar su caballo para salir al encuentro de un hombre y una mujer que dejaban el bosque, y que al verle volvieron á entrar precipitadamente. Se internó Belton tras de ellos: el doctor salió á escape y llegó en el momento que Milord y el desconocido disparaban á un tiempo: cayó el primero y huyó el segundo seguido de una mujer, y en aquel momento me presenté yo atraído por el ruido de la esplosion.

El doctor ha declarado desde el primer reconocimiento, que es mortal la herida, y no cree que Lord Belton sobreviva á la estraccion de la bala. Ah

Mistris ! ¡ á cuan dolorosas reflexiones dá lugar tan fatal acontecimiento ! pero aun me queda que descubriros una escena que despedaza el corazon. apenas tengo suficiente valor para ejecutarlo.

Llegamos por fin al castillo , y la triste comitiva se halló en el momento rodeada de todas las personas que le habitan. A la vista de un amo que fué siempre bueno y jeneroso , no pudieron contener sus lamentos mezclados con su nombre. . . . En el mismo instante que poniamos á Lord Belton en el peristilo , la desgraciada Lady , ó mejor diré su espectro , se presenta en lo alto de la escalera , dá un grito agudo , se arroja y viene á caer sobre el seno de su esposo , articulando estas palabras. . . . „Te amó y te perdonó. . . . no puede acabar y muere. . . . Belton se levanta ha-

ciendo un esfuerzo y estrecha su cuerpo inanimado... despedaza el aparato que tenia puesto sobre su herida, y en la mas horrorosa desesperacion se acusa de haber sido el asesino de su esposa: vuelve en fin á caer desfallecido.... ¡Que horrible cuadro de trastorno y desolacion!... Os escribo junto al lecho de Belton esperando que exale de un momento á otro el último suspiro. Ah! fué sin duda muy culpable, pero en este momento supremo conozco cuanto le quise... Él me llama.... Ya no existe.... Imitando á su esposa os lega sus hijos... Por su última voluntad me ha nombrado tutor.... Ah! seré su padre, su apoyo.... Quanto posco les pertenecerá.... Desgraciados huérfanos!.... Ojalá pueda yo ocupar el lugar de los que han perdido!.... Se acabó el reposo de mi vida..... A lo menos les

(148)

consagraré toda mi existencia. . . . Estimada Mistris Clifford, mi alma está atormentada, ¡ Oh gran Dios! ¡ Que penas deben experimentar los culpables!

CARTA 39.

Sir Belford á Mistris Clifford.

Castillo de Belton á. . . .

HE cumplido con los tristes deberes que me fueron impuestos. . . . La tumba ha recibido sus víctimas. . . . La necesidad de cumplir con la última voluntad del desgraciado Belton, y el cuidado que exige el bien estar de sus hijos, me detendrán aquí algunos dias. Ah Señora! ; Que necesidad tengo de llorar en vuestra compañía!

Lord Limore me ha pedido esta mañana una entrevista. . . . Este caballero es pariente de Sir Obrian que ha muer-

to á Belton, y al hacerme las esplicaciones que dice deber al honor, ha manifestado los sentimientos dolorosos de Sir Obrian por tan triste acontecimiento, empezando por asegurarme que este había arrojado lejos de sí con horror á la infame Sofía. Esta indigna, á quien encontró en los primeros dias de su permanencia en el castillo de Belton, le fascinó con su hermosura. . . Obrian es rico, libre, y fuese cálculo ó capricho, lo cierto es que ella resolvió corresponder á su amor: la veía diariamente antes de la llegada de Belton, y jamas faltaba á la cita cuando este salia á caza, teniendo una señal convenida que les daba aviso de su ausencia.

En el mismo dia que vuestra amiga llegó, debia la miserable esperarle en hora determinada en el sitio acostumbrado de sus citas, y huir con él al

continente. Al efecto se ocultó en el bosque , y acababa de unirse con su compañero de viaje cuando Belton los descubrió. . . . Como ya sabeis que este no acostumbraba á caminar jamas sin armas , con la prontitud del rayo alcanza á Sir Obrian , le arroja una de sus pistolas , y amartillando la otra le dice. . . . „Defiéndete.” . . . Oyénse á un tiempo ambos tiros. . . . Belton alucinado por la cólera apunta mal y recibe la bala enemiga. . . . Ya sabeis lo demas.

Lord Limore me ha contado el castigo de Sofía. . . . Al atravesar en un birlocho una calle de Dublin, donde la noticia de la horrorosa catástrofe escitó la indignacion general, la reconoció un sujeto que la había visto en el Castillo y en el momento fué insultada, llena de lodo y perseguida por el po-

pulacho. . . . El caballo espantado por los gritos de la multitud se desbocó, y á distancia de una milla de la ciudad, poco mas ó menos, hallaron á la miserable tendida entre los restos de su carruaje. . . . viva, pero mutilada, desfigurada y privada para siempre de los encantos que la hacian tan peligrosa. . . Tom su cómplice, agente de esta nueva intriga, ha desaparecido llevándose cuanto ella adquirió de la jenerosidad de Belton, y una cartera que contenia una suma considerable que ella misma le había robado. La criminal conserva tan solo una parte del billete que recibió de Lady Belton, y con el cual no puede pasar mucho tiempo. ¡ Ah estimada Mistris Clifford ! ¿ quien es capaz de calcular las consecuencias del primer error ? ¡ Conque cuidado se debe evitar el trato de estas mujeres prostituidas cu-

yo aliento semejante al de las harpías
corrompe cuanto toca! *El menor
olvido de los deberes puede arrastrar al
crimen.*

ERRATAS.

<u>Pág.</u>	<u>Lín.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Debe leerse</u>
48	12	gastos y	gastos ,
55	{ penul- tima.	precioso :	preciso
60		mismo	vos mismo
61	18	interesante	é interesante
64	{ 18 penul- tima.	regular ; negarlo	regular negarlo,
65		de la	la
66	5	reconocido	renacido
69	5	oculso	oculto
72	15	perdiese	perdióse
73	17	pero mas	mas
74	3	maras	amaras
75	9	embarazo me ,	embarazo ,
78	17	cuando	y cuando
78	8	que agradar	de agradar
132	17	ahogábanme	ahogabañme

EL TEJEDOR

y

EL VISIR.

P. Cy. V.
E. J. D.

EL TEJEDOR

Y

EL VISIR.

CUENTO ORIENTAL

POR

Mr. FLORIAN.

TRADUCCION LIBRE DEL FRANCES

AL CASTELLANO.



BARCELONA:

EN LA IMPRENTA DE J. MAYOL Y C.^a

1828.

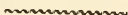
Con máscara de cuentos y ficciones,
frecuentemente hallamos en lo escrito
consejos, desengaños y lecciones.

El Traductor.

MOCTADER

ó

EL TEJEDOR Y EL VISIR.



Cuento oriental.



Vivia en cierto tiempo en un lugar del reino de Calicut un joven tejedor llamado Moctader; era bien formado, esperto, de amable trato, y se ganaba la vida comodamente fabricando cha-les de finísimo algodón. Hacia pocos años que estaba casado con una mu-ger á quien habia amado con pasión, y dependia de él toda su felicidad; pero como dice el proverbio indiano, *la satisfaccion y el contento no tie-*

nen puesto fijo. Mochtader que hasta la edad de treinta años habia pasado alegremente su vida en trabajar toda la semana y divertirse con sus amigos los viernes, amaba constantemente á Balkis su muger, que era una morenita, graciosa y pizpereta, que por un quítame allá esas pajas se enfadaba á menudo gritando entonces un poco alto, pero que se apaciguaba con la misma facilidad, y se volvía mansa como una oveja tan pronto como la daban gusto. Mochtader, como iba diciendo, se cansó repentinamente de estar contento; empezó á trasañar, empeñose en que era pobre y consiguió creerselo; se encasquetó que un hombre como él no habia nacido para tejedor, perdió la aficcion al trabajo, trató con aspereza á su muger lejos de apaciguarla, como antes lo hacia, y se hizo infeliz tan

pronto como se propuso serlo, formando proyectos para salir de un estado que le parecia poco á propósito para él.

Un dia que se paseaba solo en un gran bosque, sumerjido en sus tristes pensamientos, experimentó sed y no hallando ni arroyo ni fuente alguna donde apagarla, se dirigió corriendo ácia un cocotero: no pudiendo subir á él, cojió una piedra y la tiró con esfuerzo entre las ramas para dejar caer algun coco y refrescarse con su jugo, pero la piedra sin tocar en el fruto dió casualmente en un nido de tortola que derribó y cayó en tierra, Habia en el dos huevos que se rompieron al caer; el uno de ellos contenia un tortolillo próximo ya á salir y del otro apenas fue roto se movió una humareda negra y espesa, del

medio de la cual, Moctader espantado, vió salir una mugercilla vieja y arrugada, vestida de un sayo rojo, apoyada en una varita negra, y que alzandose con una mano seca el escaso mechon de cabellos que le caia sobre la frente, descubria sus ojos semejantes á dos carbunclos, segun lo inflamados que estaban de cólera. „Des-
 „dichado, exclamó la vieja; acabas de
 „cometer un crimen horrendo, pero
 „yo juro hacertele expiar. ¿Ignoras
 „por ventura, que cuando las hadas
 „tienen cien años estan obligadas por
 „el destino á hacerse aclocar durante
 „veinte y un dias en un huevo de tor-
 „tola, y que pasado este término re-
 „nacen jóvenes lindas y hechiceras?
 „Yo debia renacer mañana, y tu
 „imprudencia me condena á quedar
 „todavía por espacio de otros cien años

„en el estado en que me ves. Pien-
 „sas acaso que una muger puede per-
 „donar á quien la precisa á quedar
 „vieja? No: juro por el gran Simorg
 „de la montaña de Caf, que yo seré
 „vengada antes de ponerse el sol.”

Asi dice la vieja; le dá un fuer-
 te bofetón, bosteza espantosamente y
 desaparece. Moctader atonito queda mu-
 do, y temblando de miedo mira los
 cascarones de aquel huevo de donde
 salió la vieja. Tenia cerca de si el
 nido, y quedó pasmado al ver que
 en el brillaban dos diamantes iguales
 en tamaño y forma á los huevos ro-
 tos. Toma al instante aquellas piedras
 preciosas, las examina á la luz del
 sol, y apenas puede resistir su brillo:
 Los reyes de Visapour y de Golcon-
 do jamas poseyeron diamantes tan her-
 mosos. Moctader encantado de verse

dueño de ellos , empezaba á consolar-se y decia. „ Si es asi como quiere „ vengarse la vieja , me someto gustoso „ á las penas que me imponga , y „ aun la daré gracias por el bofetón.” Puso luego los diamantes en su fal-triquera , y volvió á tomar el cami-no de su lugar.

Aun no habia salido del bosque cuando oyó un ruido estrepitoso de trompetas timbales y otros instrumen-tos belicos : En pos de los músicos, vió comparecer al punto una cuadrilla de soldados magnificamente vestidos, con corazas rojas , llevando broqueles de plata , y yelmos del mismo metal con penachos de plumas de las aves mas hermosas de la India. Esta arrogan-te tropa rodeaba á un jóven que sen-tado en un sillón de oro , y centellan-te de rubies, marchaba colocado sobre

el ancho lomo de un enorme elefante, cubierto de brocado y telas preciosas. El jóven era bellísimo, pero tenia el semblante muy triste y bostezaba casi á cada paso, á pesar del solícito cuidado con que procuraba distraerle una multitud de esclavos, eunucos y sirvientes de toda edad, de los cuales unos llevaban quitasoles preservando á su amo de los rayos del sol, y los otros le hacian aire con grandes abanicos, mientras que un concierto formado con las voces mas melodiosas del mundo, y que cerraba la brillante marcha, cantaba himnos celebrando el poder, la ciencia, las riquezas, las virtudes y la bondad del triste jóven.

„He aqui algun bienaventurado, „decia entre si Moctader. Gloria, „poder, fortuna, belleza y juventud; „todo lo reune. Estoy tentado por

„decirle si quiere comprar mis dos
 „diamantes.” Introdúcese inmediatamente por medio de la comitiva, y arrodillandose ante el elefante, pide en voz alta permiso para presentar al príncipe los dos brillantes mas preciosos del mundo. Al oír estas palabras pareció admirado el jóven triste, hizo detener su gente, mando á uno de sus oficiales que le llevase las dos alajas, y Mochtader sacandolas al punto de su faldriquera donde las tenia envueltas en un pañuelo, las entregó al oficial.

No fue mas pronto desenvolver el jóven el lienzo, que lanzar un grito de sorpresa, fijar la vista en Mochtader durante largo rato, y poniendo luego ambas alajas en su seno, hizo armar las tiendas y envió el oficial con órden para decir al tejedor,

ya temeroso, que fuese á cenar con él.

Moctader tranquilizado por aquel mensaje, no tardó en pasar al magnífico pabellon que habian levantado en el bosque. Halló al jóven recostado en un camapé de tisú de oro, inmediato á una mesa cubierta de manjares delicados, la cabeza apoyada en una de sus manos, y entregado á una profunda meditacion que interrumpia de cuando en cuando con sus bostezos.

Quiso el tejedor arrojarle á los pies del jóven, pero este le hizo sentar á su lado, y mandó á sus numerosos esclavos que le sirviesen los mas esquisitos manjares y los mejores licores de la Persia y del Ganjes; invitó luego á su convidado con palabras bondadosas á gozar libremente de los bienes que se complacia en ofrecerle,

le miró comer y beber silenciosamente, y despues apoyando otra vez su cabeza en la mano, volvió á estar pensativo y bostezar.

Cuando Moctader concluyó la cena, que fué algo larga, el jóven hizo quitar la mesa, mandó que cerrasen su tienda, y quedando solo con su convidado le dirigió estas palabras ininterrumpidas por suspiros. „Amigo, „aquí teneis vuestros diamantes que „presumo no os habran causado des- „velos. Son únicos en el mundo, y „no hay tesoro con que pagarlos; „pero ciertamente los habreis adquirido por medio de alguna aventura „extraordinaria, que debe ser causa „de otros acontecimientos singulares, „y bajo este concepto trato de ofrecer os un precio que tal vez os convenga. Dignaos escucharme con aten-

„cion y estad ante todo persuadido de
 „que la mentira jamas manchó mis
 „labios.”

„Yo me llamo Dachelim: soy
 „el primer Visir del Soberano de
 „Cananor, monarca el mas poderoso
 „de la India. El rei mi amo que
 „me ama desde que yo era niño, to-
 „do lo confia á mi celo, y solo se
 „gobierna por mis consejos. Gracias
 „al cielo, jamas he abusado de mi
 „privanza; siempre he dedicado mis
 „escasos talentos á la felicidad del
 „pueblo, á disminuir los tributos, y
 „á la recta administracion de justicia. Asi
 „me veo amado del pueblo mismo, que
 „me mira cual si fuese su padre;
 „me tienen consideraciones todos los
 „reyes vecinos nuestros; el vasallo ben-
 „dice mi nombre, y las riquezas que
 „he adquirido sin haberlas deseado,

„esceden á cuantos tesoros poseen mu-
 „chos soberanos. Tengo treinta suntuo-
 „sos palacios, rodeados de jardines
 „deliciosos; cuatro serrallos y en ca-
 „da uno de ellos doscientas muje-
 „res las mas hermosas de la Georgia;
 „mis esclavos son innumerables, mi
 „salud no está quebrantada, la con-
 „ciencia no me arguye, y mi edad no
 „pasa de veinte y dos años: A pe-
 „sar de todas estas satisfacciones bos-
 „tezo frecuentemente.”

Al decir estas palabras empezó Da-
 chelim á bostezar lo menos doce ve-
 ces consecutivas, y Mochtader que le es-
 cuchaba atentamente no pudo menos
 de bostezar tambien; pero luego que
 ambos se sosegaron, el Visir continuó
 su historia en estos términos.

„La naturaleza no me crió segu-
 „ramente para disfrutar de los bienes

„que da la suerte , y así es que
 „solo conozco como buenas en el mun-
 „do tres cosas ; el reposo , el estudio
 „y la oscuridad. De aqui podeis in-
 „ferir cuan lejos estoy de gozar en
 „el infeliz estado en que me ha pues-
 „to la fortuna. Cien veces he supli-
 „cado al rei de Cananor que me res-
 „tituya la libertad , dejándome ir á
 „un desierto á meditar la sabiduria y
 „aprovechar de la vida preparándome
 „para la muerte , pero nunca he po-
 „dido lograrlo. Por dos veces he in-
 „tentado escaparme , y otras tantas me
 „han perseguido , reconocido y lleva-
 „do de nuevo á mi palacio , y me
 „veo en fin condenado durante mi
 „vida á ser opulento y rico.”

„Dos lunas hace , poco mas ó me-
 „nos , que la sultana favorita del rei
 „de Cananor , oyó hablar de dos mag-

„ níficos diamantes que poseía la reina
 „ de Ava. La favorita, que se halla en
 „ cinta actualmente, declaró al rei su es-
 „ poso que deseaba tener aquellas dos
 „ piedras preciosas para hacerse de ellas
 „ dos pendientes. El rei me habló so-
 „ bre esto y le hice presente la dificul-
 „ tad que se ofrecia para obtener tales
 „ alajas, que son tenidas por las mas her-
 „ mosas del universo , y aun me atre-
 „ ví á decirlo tambien á la sultana; pe-
 „ ro esta sin escuchar mis razones se
 „ puso á llorar como un niño , di-
 „ ciéndonos que si no lo consiguiese
 „ saldria el infante á luz con dos pendien-
 „ tes de carne, cuya rareza le desfigu-
 „ raría y pondria en ridículo. Al oir
 „ tales proposiciones el rei de Cananor
 „ empezó á llorar tambien ; siguió su
 „ ejemplo y plañia sin consuelo todo el
 „ Consejo que se hallaba reunido para

„tratar del negocio , y se decidió por
 „fin que yo marchase con todo el di-
 „nero del tesoro público , para com-
 „prar y traer á toda costa los dos
 „diamantes. Bien conocia yo lo ridícu-
 „lo de tal comision , pero fué preci-
 „so obedecer , y sin gastar tiempo me
 „puse en marcha con cuarenta elefan-
 „tes cargados de oro.

„Llegué á la corte del rey de Ava,
 „casualmente en dia que habiendo muer-
 „to su muger , acababa de congregar á
 „todas las doncellas del reyno para es-
 „coger nueva esposa. Titubeó el mo-
 „narca sobre la eleccion por espacio de
 „cuarenta horas , y al cabo se decidió
 „por una robusta paisana de Cananor.
 „Iba yo hacer el debido acatamiento
 „á la nueva reina , adornada ya con
 „los dos diamantes que yo trataba de
 „adquirir , mas creyose obligada á

„ recibir bondadosa á un embajador com-
 „ patriota suyo, y dispensándome de una
 „ parte del ceremonial, por amor á la
 „ patria consintió en cambiar aquellas
 „ dos piedras preciosas por los cuaren-
 „ ta elefantes cargados de oro.

„ Volvia yo muy satisfecho de ha-
 „ ber terminado mi tonta embajada y
 „ llevaba cerrados los diamantes en un
 „ cofrecito verde pendiente de mi cue-
 „ llo con tres cadenillas: Por mañana
 „ y tarde me aseguraba de que estaban
 „ en su lugar, y ayer mismo al acos-
 „ tarne los reconocí y estoy muy cier-
 „ to de haberlos tocado. ¡Mas cual ha
 „ sido hoy mi sorpresa, cuando al reir
 „ la aurora habiendo abierto mi cofre-
 „ cito no he visto los diamantes, y solo
 „ he hallado en su lugar dos pepitas
 „ de manzana envueltas en una tela de
 „ amianto que en lo exterior tenia es-

„ crito. *Pepitas de la manzana de Adi-*
 „ *mo.*

„ Tan singular acontecimiento ca-
 „ paz de hacer morir de pena á otro
 „ visir que no fuese yo, me cau-
 „ só una secreta alegría, pues con-
 „ fiaba en que por un efecto de esta
 „ aventura seria arrojado de la corte,
 „ y esto me valdría quizá el reposo
 „ y la pobreza que tanto deseo tiem-
 „ po hace. Con tan lisonjera espe-
 „ ranza proseguia mi camino, cuando
 „ vos habeis llegado á presentarme los
 „ mismos diamantes que yo habia com-
 „ prado á la reyna de Ava. Estad
 „ persuadido de que no quiero recu-
 „ perarlos, ni aun me mueve la cu-
 „ riosidad de preguntaros como han
 „ venido á parar á vuestras manos:
 „ pero he aqui el partido que os pro-
 „ pongo.”

„ Por poco que esteis instruido
„ en la ciencia de los bramas, de-
„ beis conocer las grandes virtudes de
„ la famosa manzana de Adimo. El
„ que come una de sus pepitas se
„ transforma inmediatamente en lo que
„ desea, y comiendo la segunda vuel-
„ ve otra vez á ser lo que an-
„ tes era. Poseo dos de ellas y am-
„ bas os las ofrezco: comed una y
„ os volvereis yo. Asi os doy todas mis
„ riquezas; sereis Visir favorito del
„ rey; dareis estos diamantes á la
„ reyna, y vuestro favor irá en au-
„ mento; gozareis de toda mi pompa
„ de todo mi crédito y mis bienes;
„ sereis quizá dichoso, porque esto
„ solo depende del caracter y del je-
„ nio. En caso de que no lo fueseis,
„ os queda el recurso de comer la otra
„ pepita y entonces colvereis á ser

„el mismo que ahora. Ved si esto
„os acomoda.”

„Sin duda ; respondió al punto
Moctader enajenado de gozo. „Os con-
„fieso que la naturaleza me ha cria-
„do para eso. Nunca he conocido mas
„que tres cosas buenas en el mundo:
„la gloria el poder y la riqueza;
„todo lo recibo de vuestra mano, y
„asi seré el mas dichoso de los hom-
„bres. Pero vos señor Dabchelim, que
„llegareis á ser durante este tiempo?

„No penseis ahora en mi suerte
„replicó el Visir, pues yo os pro-
„meto que jamas me ocurrirá la idea
„de ir á turbar vuestra dicha. Tomad;
„aqui teneis las dos pepitas ; conti-
„nuó presentándoselas en la tela de
„amianto : Vais á ver su primer efec-
„to maravilloso.” Moctader las toma
con mano codiciosa y tragando ansio-

so la primera pepita adquiere inmediatamente la figura, el talante y todas las facciones de Dabchelim. Se mira en un reluciente escudo de acero que habia suspenso en la tienda del Visir; se admira, se contempla, y para mayor semejanza empieza tambien á bostezar. „Señor Visir, le dice Dabchelim, ya es tiempo de que yo me retire, pues no conviene que nos sorprendan juntos: Os pido como única recompensa de lo que acabo de hacer por vos, que me deis vuestro vestido viejo.” No se hizo rogar Mochtader: verificóse el trueque al momento, y Dabchelim encantado de verse en el pobre traje de su sucesor, se miraba tambien en el escudo, y sonreía á cada bostezo que Mochtader daba. Despidióse de este al punto, se fue sin que nadie lo advir-

tiese , y corrió á introducirse en lo mas espeso del bosque.

El nuevo Visir enajenado de alegría continuaba mirándose en el broquel , y contemplaba las riquezas de que era ya poseedor , sin pensar en la otra pepita que le quedaba. La tenia con el puño cerrado, pero al querer tocar un aguamanil de oro que habian dejado sobre una mesa , abrió la mano y dejó caer la pepita : quiso recojerla , pero un turoncillo mas listo que él , saltó encima de ella , la arrebató , salió por un agujero de la tienda , y desapareció como un relámpago de la vista del nuevo Visir, quien poco afligido por esta aventura grito: „Guardala en-hora-buena ; yo te prometo que jamas me tentará el deseo „ de volver á ser tejedor , pues me encuentro dichosísimo en el estado ac-

„tual.” Al decir esta última palabra bostezó, y sus esclavos acudieron para llevarle á la cama.

El nuevo Visir reconocido como tal por toda la comitiva de Dabche-lim, subió al día siguiente sobre su hermoso elefante, y se puso en camino para Cananor. El magnífico sitio de oro en que iba sentado, el lucido séquito que le rodeaba, aquella música, aquella pompa y los homenajes que le hacian, llamaban deliciosamente su atención; gozaba de su grandeza á pesar de los temores y las dudas que solian atormentarle de cuando en cuando, pues temia que llegase á perder su virtud la pepita que se habia comido; temblaba con la idea de que podia mudar de forma, y se hacia llevar frecuentemente el escudo para mirarse en él; llamaba aun con

mas frecuencia á sus oficiales ‘ sin tener nada que decirles , solo por el placer de verlos prosternarse á sus pies ; les daba órdenes inútiles para asegurarse de que era obedecido , y encargó especialmente á uno de sus sirvientes jóvenes que estuviese á su lado para repetirle estas palabras cuya fórmula le dictó. *Poderoso Dabchelim, Visir de Cananor, amigo, consejero é intérprete del mas grande Soberano del mundo ; tienes algo que mandar á tus fieles esclavos ?*

A pesar de tantas precauciones bostezaba un poco Mochtader sentado en su sillón de oro : Lo sentia en el alma , pero se consolaba facilmente, porque esto era una de las particularidades que le daban mas semejanza con Dabchelim ; porque se creia mas Visir cuando bostezaba , y porque

Confiaba en fin en que curaria de este achaquillo que le parecia ser adicto al semblante de su predecesor.

Llegó Mochtader á la corte y fué recibido en ella como un héroe triunfante: las calles estaban cubiertas de flores y las plazas llenas de un gentío inmenso que gritaba unánime: „Honor y gloria á nuestro Visir.” El rey, la sultana favorita y toda la nobleza salieron á recibirle; y cuando Mochtader haciendo una genuflexion ante la hermosa princesa, le presento los diamantes; la augusta reyna enajenada de gozo hizo un movimiento para arrojarle al cuello del Visir con los brazos abiertos: su extremo pudor y la presencia del rey apenas pudieron contenerla. Abrazó el monarca á Mochtader, le prodigó las mas tiernas demostraciones de cariño, y el dicho-

so ministro embriagado de honores, de alabanzas y de gloria, fue llevado con toda pompa á uno de sus treinta palacios entre las públicas aclamaciones.

Aquel palacio tan suntuoso como el del rey de Cananor, era de marmol blanco sostenido por cien columnas de piedra jaspe, cuyos capiteles eran de oro macizo. Distinguiáse sobre la entrada un magnífico balcon con balustrada de oro, y colocados en él varios músicos de ambos sexos, jóvenes, bellos, ricamente vestidos, y alumbrados por cien esclavos que tenían antorchas de cedro y olorosa cera, cantaban en coro himnos análogos al objeto de la fiesta, acompañados de laudes flautas y oboes.

Moctader siempre contento, aunque sorprendido, hacía cuanto esta-

ba de su parte para disimular su admiracion. Serenaba su semblante, procuraba darle aqnel exterior de indiferencia que caracteriza la verdadera grandeza, y con paso grave y medurado marchaba en medio de una multitud de esclavos, á la sombra de una arboleda de limoneros, hasta llegar á una sala circular, de lapislázuli, iluminada por mil arañas de cristal, colgada cada una de ellas de una ventana, y debajo de las cuales otros tantos braserillos de oro, exalaban los perfumes mas gratos del Yemen y de Saba.

Luego que el Visir hubo entrado en la sala, deseó quedar solo para admirar cuanto poseia y poder recrearse un poco á su placer. Retiróse la comitiva cerrando todas las mamparas, que eran de brocado, y Mocta-

der contempló entonces libremente el soberbio asilo que en adelante debia ser su morada. Recorrió las numerosas estancias que tenian comunicacion con aquella sala; por dó quiera que tendia la vista encontraba la manifi- cencia unida al buen gusto; por todas partes veia bajo bóvedas de marmol resplandecientes de molduras de oro, preciosos muebles cubiertos de riquí- simas telas, colocados á la margen de fuentes cristalinas que refrescaban los aposentos, y cuyas aguas corrian mansamente reflejando el brillo de mil luces que ardian en vasos de alabastro. Todas las riquezas del lujo produci- das por el arte y unidas á los pri- mores de la naturaleza, parecia que ostentaban alli su reunion. ¡ Oh cuán dichoso soy ! exclamaba Moctader; ¡ cuán loco debia estar el que me ce- dió su puesto !

Entregado enteramente el nuevo Visir á unos goces tan nuevos para él, y á fin de no distraerse nada de sus halagüeños pensamientos, se metió en una intrincada y misteriosa arboleda, donde la madreselva, el jazmin y la rosa, difundian por la atmósfera su balsámica fragancia. Hallóse muy pronto en frente de una puerta cerrada y fija en un muro grueso y elevadísimo, rodeado de majestuosos cedros que el menos viejo tenía ya mas de un siglo. Aquel muro, que era de alabastro, servia de recinto á uno de los serrallos que pertenecian al poderoso Dabchelim, pero Mochtader lo ignoraba.

Abrióse la puerta luego que él llegó, y unos guardianes invisibles la cerraron tan pronto como hubo entrado. Todo respiraba amor y placer

en aquellos lugares: adelantase Moc-tader á traves de una admósfera perfumada; penetra en aquellas estancias deliciosas, su corazon palpita, ajítanse sus sentidos, y experimenta una emocion que hasta entonces le fue desconocida.

Al extremo de una magnífica galeria vió una mesa preparada ante un rico camapé y que parecia dispuesta para un solo convidado: á los manjares mas sabrosos y delicados, acompañaban muchos frascos de vino de Schiras y de los licores mas exquisitos de la Persia y de la India.

El nuevo Visir rigoroso observador de los preceptos del Coran, tuvo al principio algun escrupulo de tocar siquiera á aquellos licores prohibidos, pero despues perdió insensiblemente la aprension y atrevióse á

probar del uno, despues del otro y últimamente de todos; los halló exquisitos y gratos al paladar, y reiteró los tragos. „Está ya visto, dijo entre sí; las leyes molestas solo se han hecho para el pueblo; los Grandes siempre encuentran medios para eximirse de ellas y tienen razon: Sigamos pues su ejemplo.” Siguióle con tanto fervor que en breve rato se quedó dormido.

Al cabo de algunas horas de reposo fue insensiblemente despertado por una música encantadora. Con el éco de instrumentos tocados con primor y buen gusto, concertaban unas voces tiernas y armoniosas. Moctader creyéndose dominado por un sueño, teme abrir los ojos y perder al mismo tiempo aquella ilusion que le encanta; pero despues de haberla gozado por es-

pacio de algunos minutos, desea saber donde se halla, y despega sus parpados.

Júzguese cual seria su admiracion! rodeábanle doscientas mujeres las mas hermosas de la Georgia y la Circasia. Sus aereas formas y sus celestiales atractivos causan á Moctader una sensacion inexplicable y se cree transportado en medio de las ninfas del paraíso de Mahoma. Al principio dá gracias al falso profeta; y luego cediendo al imperio del encanto que le arrebató, se entrega á los placeres muy ageno de que en breve seria infeliz y suspiraria por Balkis.

Hasta aqui el nuevo Visir unicamente habia visto la hermosa y lisonjera prespectiva del poder y de las riquezas, y por tanto no podia imaginar que el fastidio se atreviese ja-

mas contra el mortal dichosísimo que tantos bienes poseía. Desde su llegada á Cananor no habia bostezado ni siquiera una vez, pero le preparaba una cruel venganza la malvada hechicera cuya presuncion y mania se resintió tan implacablemente, por haberla retardado un siglo su retroceso á la juventud.

El dia siguiente por la mañana fueron á decir á Mochtader que el Consejo, reunido largo rato habia, solo esperaba su asistencia, y que el rey habia manifestado descontento por la tardanza de Dabchelim, que era ciertamente extraña, atendida la acostumbrada exactitud con que siempre acudia el primero de todos al Consejo.

„Es verdad, dijo Mochtader, bambo-
 „leándose ya sobre una magnífica li-
 „tera en que le transportaban al pa-

„ lacio ; el rey tiene razon. No soy
 „ Visir únicamente para divertirme,
 „ pues tengo deberes que cumplir ; bien
 „ es verdad que en cuanto á esto no
 „ se como salir del apuro , porque el
 „ señor Dabchelim solo me ha cedido
 „ su figura y sus riquezas ; con respec-
 „ to á lo demas bien veo que soy Moc-
 „ tader , y no me reconozco hoy dia
 „ con mas talento que el que tenia po-
 „ cos dias hace , pues toda mi ciencia
 „ se limita á tirar la lanzadera. Mas
 „ no importa: Meditemos. ¿Que es ne-
 „ cesario para gobernar bien? Ser jus-
 „ to. Esto no me será ni difícil ni
 „ violento , pues tengo sano juicio y
 „ buenas ideas : aqui no conozco á
 „ nadie y por consecuencia no valdrá
 „ el influjo : ningun interes me hará
 „ inclinar la balanza ácia una parte
 „ mas que á la otra , y asi seré pre-

„cisamente justo y todo el mundo me
„amará. Vamos, estoy tranquilo.”

¡ Insensato ! cuan grande era su error ! á semejantes ideas que preocupan infinitas cabezas , se debe atribuir la especie de manía de que estan poseidos muchos hombres para aspirar á los empleos . ¡ A cuantos vemos indignandose repentinamente de su estado de oscuridad , dejar con desprecio la humilde quanto honrosa reja del arado , ó la profesion que honradamente ejerció su padre ; arrojarse á la ventura , sin instruccion y sin conocimientos ácia una carrera mas elevada ; aspirar á los honores , á las dignidades , y no poner en fin á su ridícula ambicion otros límites que los del trono , de que algunos llegan quizás hasta el extremo de creerse mas digno que el que lo ocupa !

Luego que el Visir entró en la sala del Consejo ocupó su asiento cerca del rei. Aquel dia solo hubo que decidir sobre algunos negocios de intereses particulares ofreciéndose unicamente cuestiones fáciles de resolver, para lo cual bastaba tener alguna comprehension y algo de raciocinio. No carecia enteramente Mochtader de estas cualidades, y asi es que su dictamen prevaleció en todo. Tuvo pues en su primer paso la dicha de restituir á muchas familias su fortuna y sus dignidades, y de grangearse numerosas bendiciones. Compusieron versos en su alabanza, y algunos poetas de corte (pues alli los habia como en otras partes) ensalzaron sin límites sus virtudes sublimes, su rara probidad y aun su elocuencia. Poco faltó para que su entusiasmo ridículo y sacrílego lle-

gase hasta el extremo de poner á nuestro tejedor en paralelo con su falso profeta Mahoma.

El veneno que se respira en las cortes es tan activo y penetrante que al instante causa vertigos y trastorna la razon. Creyóse Mochtader de buena fé un hombre de estado, un gran genio, y no dudó un instante que el cielo le habia dotado de cualidades extraordinarias, que solo esperaban ocasion oportuna para manifestarse y brillar con todo su esplendor.

Un rey vecino queria restablecer antiguos derechos suyos caidos en olvido por la indolencia de su predecesor, y envió sobre el asunto un embajador á Cananor; pero antes de ser admitido en el Consejo era de uso y costumbre que el primer Visir se enterase del objeto de la embajada. Se

entablaba luego una discusion entre los representantes de cada soberano y cuando llegaba la audiencia solemne, estaban ya resueltos todos los puntos y allanadas cuantas dificultades pudieran ocurrir.

La discusion exigia profunda instruccion y vastos conocimientos de que carecia Mactader. La política es sin duda la ciencia mas difieil porque se compone de todas las demas, y sin embargo muchos ignorantes se mezclan en ella y desatinan sin freno con una confianza imperturbable. Ignoraba Mactader que para juzgar con acierto de los verdaderos intereses de una nacion, es preciso conocer todos sus medios de prosperidad, las producciones del pais, las ventajas y conocimientos de su posicion geográfica, de su clima y de su suelo; la influencia que puede ejer-

cer en la balanza política, su fuerza militar y marítima, los productos de su industria y de su comercio; en una palabra, ignoraba que un verdadero hombre de estado debe haber estudiado y visto mucho; que la sabiduría debe fijar todas sus opiniones; que en un elevado empleo no basta aparentar cálculos exactos, tener talento elocucion facil y conocimientos superficiales, sino que se requiere madurez, cordura, profundidad, y sobre todo estar exento de pasiones.

El embajador que era un letrado, un sabio, conoció bien desde la primera conferencia, que tenia que tratar con un hombre incapaz para el empleo que obtenia y le volvió la espalda. El orgullo de Mochtader se ofendió altamente de esto, y de aqui resultó que la demanda del monarca,

aunque justa, fué desechada por el Consejo que presidia nuestro nuevo Visir. El embajador que habia recibido de su amo la orden para declarar la guerra en caso de negativa, la dió cumplimiento con cierta alegría interior, porque se complacia en castigar á un ministro tonto y presuntuoso.

Bajo el gobierno paternal de Dabchelim, solo se pensó en hacer dichoso al pueblo; por consecuencia nunca en guerra, poco en cuanto á contribuciones, y nada en levass ó quintas de hombres. Faltaba pues mucho para ponerse en estado de resistir á un principe belicoso y de fuerzas dobles por su ejército y por sus derechos. Fueron decretados reclutamientos enormes, y exigieron impuestos considerables y requisiciones de todas clases, á las cuales el pueblo se sometió murmurando.

Por una consecuencia inevitable de tales medidas, el ejército formado á la ligera y mal disciplinado, fue puesto en derrota sin llegar á combatir, y el territorio de Cananor quedó invadido. Moctader á quien habia trastornado la cabeza el incienso de los poetas, y que se lisongeaba de poder dirigir las operaciones militares, arrojando mil peligros pudo salvarse del hierro enemigo, y corrió á ocultar su verguenza en lo interior de su palacio.

Sublevóse el pueblo, reducido ya á la desesperacion; maldecia al imprudente Visir que tantos males le habia acarreado, y le acusaba en fin de traicion ó de incapacidad. Pedian á gritos su cabeza, y el rey que durante mucho tiempo [habia depositado en Dabchelim una confianza merecida,

no podia resolverse á sacrificar á su favorito por una falta que aunque grave sin duda, era al fin la primera que habia cometido.

Moctader para dar treguas á sus disgustos y tener algun consuelo, se encaminó secretamente ácia uno de sus serrallos. Entre sus numerosas esclavas habia una joven y embelesadora circasiana que le parecia digna de preferencia sobre todas sus compañeras, y en quien observó desde un principio algun talento, juicio, sensibilidad, y amor tierno. Estas cualidades hicieron concebir en el Visir una verdadera inclinacion ácia la esclava, é iba al serrallo con intento de hacerla su favorita, pero la halló muerta, porque sus embidiosas compañeras acababan de envenenarla.

Desesperado por una pérdida que

su situacion le hacia aun mas penosa é insoportable, salió presuroso de aquel fatal sitio, jurando no volver jamas á él.

„Ya empiezo á creer que he cometido un gran desatino en mudar de estado.” Asi pensaba Mochtader mientras con paso lento atrevesaba un bosquecillo de sicomoros, sito entre el serrallo y el palacio. „Cuando yo deseaba tan locamente la gloria y el poder, como únicos elementos de la dicha, ignoraba las privaciones los disgustos y los riesgos que llevan consigo é imponen aquellos brillantes exteriores. No sabia que un ministro debe ser infalible, y un General nunca batido: estaba muy distante de pensar que el ambicioso colocado al frente de una nacion, debe vivir sin apego á si

„ mismo, sin lazos, y sin amigos;
 „ que debe sacrificar su reposo y su
 „ vida en obsequio del soberano y
 „ de sus pueblos, y que entregado en
 „ fin á la representacion y á la eti-
 „ queta no es jamas dueño de si.
 „ Cuando simple tejedor estaba en li-
 „ bertad para amar á mi modesta Bal-
 „ kis, y acariciarla siempre que me
 „ parecia. Si estaba enfermo ella me
 „ cuidaba, me consolaba en mis pe-
 „ nas y me hacia reir muchas ve-
 „ ces; alguna que otra la regañaba,
 „ y aun asi solia tener yo cierto pla-
 „ cer, porque esto sirve tambien pa-
 „ ra manifestar de cuando en cuando
 „ que uno es el amo. Sabia en fin
 „ lo suficiente para hacer chales y go-
 „ bernar mi casa. Ganaba poco, es
 „ cierto; pero aquello poco me bas-
 „ taba para vivir y aun socorrer á

„otro mas pobre que yo cuando se
 „presentaba ocasion de ello. ¡Oh que
 „diferencia tan notable de ahora á
 „entonces!”

De repente dá nuestro filósofo de
 manos á boca con un hombre que
 venia en busca suya, y á quien no
 podia reconocer de pronto á causa de
 la oscuridad de la noche. Era el rey;
 cuyo excelente principe estrechado á
 ceder al furor popular, habia firmado
 un decreto por el cual condenaba al
 Visir, aunque proponiéndose salvarle.
 A favor de la noche corrió al palacio
 de su favorito, y no hallandole en
 él, venia á buscarle en su serrallo.
 „Tén, le dijo, presentándole un tra-
 „je de esclavo: deja ese rico vestido
 „para tomar el de la indigencia. Aquí
 „tienes oro; huye! sustráete á la
 „rabia de esos furiosos, y acuerdate

„que la dicha no se encuentra jamas
 „en un rango elevado. A Dios: el
 „Profeta te guie.” Asi dice y se aleja
 precipitadamente.

Apenas podia Moctader dar crédito á cuanto veia y escuchaba. Hizo sin embargo de la necesidad virtud, y procedió con presteza á su nueva metamorfosis. Apenas habia acabado cuando oyó un tropel de caballos que corrian á brida suelta por el camino que el seguia lentamente, fingiendo apoyarse en un baculo. Eran unos soldados de caballería que iban en su persecucion, porque se habia ofrecido la recompensa de mil escudos al que presentase la cabeza del Visir.

¡Oh quanto sentia en aquel momento no tener la pepita que le arrebató el turoncillo! Con que júbilo volveria á ser Moctader!... Gracias á

su disfraz, y á la prevision del rei, pasaron por su lado sin conocerle. Una parte de la tropa que le perseguia se dirigió ácia el serrallo, y no encontrando en él á quien buscaba, cometió cuantas crueldades son imaginables. Oyó Mochtader á lo lejos los lamentos de aquellas desgraciadas en quienes el creia que el Profeta habia querido castigar sin duda el crimen reciente. „¡Alá! ejerced sobre ellas vuestra justicia.” Asi exclamó apresurandose á tomar otra vez el camino de su lugar.

Habiendo caminado durante el resto de la noche y una parte del siguiente dia, se detuvo á la entrada de un bosque, estenuado ya de cansancio y debilidad, y se tendió sobre la yerba, al pié de una muralla que servia de cerca á un vedado de recreo de

los Soberanos de Cananor. Allí se entregó á tristes reflexiones sobre su estado, habiendo tenido antes la precausion de volver el rostro ácia la parte del muro, para que no le conociesen los pasajeros si llegaba á dormirse.

Empezaba á dormitar cuando sintió que le urgaban en la punta de la nariz, y luego oyó clara y distintamente una voz que le decia. „Salvame
„pues te es posible hacerlo, y cree
„que no caerá en olvido este bene-
„ficio.” Abre entonces los ojos, y ve un turon cojido en un lazo que habia tendido el jardinero del vedado, para preservar su huerto de aquellos animales dañosos.

„Yo soy, prosiguió el turon, aque-
„lla vieja á quien tu sin querer cau-
„saste tanto perjuicio. Juré vengarme

„de ello; pero el destino me ha cas-
 „tigado, y he caído en poder de
 „una maga mas vieja y perversa que
 „yo: El deseo de incomodarte me hi-
 „zo tomar el exterior de 'un turon
 „para robarte la pepita que pudiera
 „restituirte á tu primera forma; mas
 „tanta era mi cólera que no pen-
 „sé en lo mucho que me espo-
 „nia á las mas terribles consecuencias,
 „y que por una estravagancia del des-
 „tino, aquella metamorfosis me ponía
 „bajo la dependencia de mi enemiga.
 „Poniéndome en libertad me salvas la
 „vida, y yo te recompensaré; lo juro
 „por el anillo del gran Salmenon.”

Moctader, jeneroso y bueno por
 naturaleza, soltó al turon; mas á pe-
 sar de todo su cuidado al soltarle,
 el animalejo quedó cojo de una pata
 que se rompió forcejando por salir

del lazo, y por esta causa su andar era tan lento que perdió toda su lijereza. „Alá! dijo entre si nuestro „fugitivo; hicisteis justicia! Cual- „quiera que hace daño á otro debe „ser castigado. Si algun dia vuelve ese „turon á ser mujer y joven, queda- „rá coja en memoria de su maldita „accion. Que castigo para una pre- „sumida! Ciertamente esto es muy jus- „to. Si fuese siempre asi...”

De repente son interrumpidas sus reflexiones por el ruido que hacia un milano que acosaba á un turon y le tocaba ya con su garra cruel. Moctader haciendo un movimiento mas rápido que la imaginacion, dá un palo al milano, le mata y en el mismo instante aparece en lugar del turon una mujer interesante por su juventud, su belleza y sus atractivos.

„Cumplióse nuestra suerte y cesa
 „el encanto, dice la maga á Mocta-
 „der que aun no habia vuelto en
 „si de su sorpresa. Mi rival ó yo
 „debíamos perecer la una á manos de
 „la otra, y á ti debo la victoria;
 „pideme cuanto quieras.”

„Poderosa maga, contesta el te-
 „jedor; mi deseo se reduce á ser otra
 „vez lo que antes era. — Consiento
 „en ello, le dice.” Y tocándole li-
 jeramente en el hombro al momento
 se efectua la metamorfosis.

¿Es aquesto cuanto deseas? — Na-
 da mas en verdad. — ¡Como! ¿No te
 tienta ya el ansia de riquezas hono-
 res y poder? — ¡Ah! no, ni por aso-
 mo: He vuelto ya en mi de mi de-
 lirio, á Dios gracias. — A Dios pues,
 le dice la maga y se aleja, pero
 siempre cojeando aunque con mucho
 disimulo.

„ ¡Que lástima! decia Mochtader. Sin
 „ embargo, en su mano ha estado el ser
 „ yo degollado ó hecho pedazos por el
 „ pueblo, y ademas es tan hermosa!... á
 „ toda culpa misericordia: perdónela el
 „ profeta como yo la perdono.”

Diciendo estas palabras sigue presuroso las huellas de la maga y no tarda en alcanzarla. „¿Que te trae ácia
 „ mi? le dice. — Una reflexion. — Habla
 „ pues. — ¿No tuvisteis la bondad de
 „ prometerme el cumplimiento del voto
 „ to que yo formase? — Si: ¿qué es
 „ lo que quieres? — Nada en cuanto
 „ á mi; pero suplico al gran Salmenon
 „ que os cure de esa imperfeccion
 „ to cruel para una mujer linda.”

Tengase entendido que el poder de la maga no se estendia á tanto, pero el jefe supremo de los jenios fue, segun parece, movido por la jenerosi-

dad de Moctader, pues al momento se cumplió su voto.

Dejó la maga al buen tejedor después de darle las gracias mas expresivas, haciendole sinceros ofrecimientos de servirle, y Moctader la perdió de vista y continuó su camino por en medio del bosque, donde le ocurrió á breve rato otra aventura.

Apenas habia andado quinientos pasos cuando vió correr ácia él unos soldados, que con la espada en alto iban gritando: „¡Alli está! aquel es! „¡Bribon! no te escaparás ya de nuestras manos.” Atanle luego los brazos á la espalda y le obligan á retroceder llevandosele preso.

Es oportuno decir al lector para mejor inteligencia de este acontecimiento, que el mismo poder sobrenatural que dió á Moctader el exterior

de Dabchelim, obró igualmente sobre este, y el que era Visir se convirtió en la imagen viva del tejedor; de suerte que en el mismo momento en que Mochtader recobró su primera forma, Dabchelim se vió insensiblemente restituido á la posesion de su antiguo semblante y figura.

El hábil visir era un malísimo tejedor, como se deja conocer, de modo que nadie queria comprar sus manufacturas. En tanto la pobre Balkis, interesada como todas las mujeres de lugar, pretendió y logró que su marido trabajase para el equipo del ejército, y quiso la desgracia que Mochtader entonces Visir, y perito en tejidos, examinase los entregados por Dabchelim y calificándolos de mala calidad, mandase que fuese castigado publicamente aquel proveedor como infiel.

De este modo, al mismo tiempo en que el supuesto visir perseguido por el pueblo se salvaba como por milagro de la muerte, el falso tejedor era conducido ante el Soberano para oír su condenacion. Todo esto era justo, pues cada uno de ellos merecia sufrir los efectos de la suerte que el mismo se habia buscado.

Los soldados que conducian á Dabchelim no podian volver en sí de su admiracion y sorpresa, pues siendo mas que un secreto para ellos la metamórfosis que acababa de efectuarse, solo veian el peligro de su posicion y su responsabilidad comprometida, creyendo que habian dejado escaparse un hombre llamado ante el Consejo del rey, para ser juzgado y sentenciado sin duda á la pena capital. Ocupados únicamente en el cuidado de volver á encontrarle y

asegurarle de nuevo, se esparcen por el bosque y le recorren por todas partes: Descubren en fin á Moctader, como queda dicho, y creyéndose autorizados para usar de violencia contra su persona, le maltrataban para castigarle así, en su concepto, por haberse escapado. El pobre tejedor no pudiendo adivinar el motivo de la cólera de aquella gente, se defendía por su parte del mejor modo posible y protestando de su inocencia reusaba que le llevasen preso.

„Veia Dabchelim desde lejos aque-
 „lla pugna, é indignado del mal tra-
 „tamiento que hacian sufrir aquellos
 „guardias desapiadados á un miserable,
 „á quien sin duda tenian por él, corrió
 „ácia ellos gritando. „Aqui estoy: ved-
 „me aqui: yo soy vuestro prisionero:
 „soltad á ese hombre que es inocente.”

Juzguese cual seria la sorpresa de Moctader y del Visir al reconocerse mutuamente. „¡ Ah Señor! esclamó el primero: que funesto regañó me hicisteis. ¡ Ay amigo mio! contestó Dabchelim. No he sido yo mas sabio ni cuerdo que tu. Luego que me separé de tí, marché directamente ácia tu lugar y fui muy mal recibido de tu muger, quien me regañó por haber estado ausente mucho tiempo, echándome asperamente en cara mi pereza, y prediciéndome que este vicio fatal seria la causa de que muriésemos de hambre. ¡ El imbecil! decia: con sus ideas de grandeza cree locamente que vino al mundo para hacer un gran papel ocupando un empleo de rango elevado y distinguido. Haz cambios: Haz si puedes hermosos teji-

„dos de lana de Cachemira y del Ti-
 „bet ; trabaja y pasa tus dias en un
 „estado decente aunque humilde ; ama
 „á tu muger y ahorra para criar y edu-
 „car á tus hijos, si el profeta te con-
 „cede la gracia de que los tengas:
 „En esto consiste tu loteria.”

„Despues de haberme divertido
 „con este sermoncillo que tan equi-
 „vocadamente me dirijia, la rogué
 „que me diese algo de comer. — ¡ A ti
 „de comer !.. Espera á que lo hayas
 „ganado, pues en tanto nada hay
 „para ti en esta casa.”

„Yo me reí de su arretrato y de
 „su error, y ella se mantuvo en
 „sus trece.”

„Salí de casa cuando yo la ví
 „tan decidida á no disponer mi co-
 „mida. Habia yo reservado un poco
 „de dinero, y mediante algunos pa-

„ras compré para comer: adquirí al
 „mismo tiempo las obras de Saadi,
 „y me encaminé leyendo á un bosque
 „inmediato, donde pasé todo el dia
 „sentado á la sombra de un cedro.
 „Jamás habia gozado de una libertad
 „tan grande, ni tampoco me tuve
 „jamás por tan dichoso. Siempre ha-
 „bia mirado la quietud el estudio y
 „la pobreza como únicos elementos de
 „la dicha, y gozaba de ella en to-
 „da su plenitud. No me cansaba de
 „leer repetidas veces esta idea del mas
 „sabio de los autores persas: Para
 „ser feliz vive en la oscuridad; guar-
 „date de imitar á aquellos grandes
 „de la tierra que se disputan los des-
 „pojos de un poder que la muerte, mu-
 „cho mas poderosa que ellos, les ha
 „de arrancar para restituirles á la na-
 „da.”

„ Mientras que yo me deleitaba con
 „ tales pasatiempos, Balkis se informó
 „ de mí por todas partes: supo por
 „ sus vecinas que yo me habia diriji-
 „ do al bosque de los cedros adonde
 „ fue á buscarme, y corrió tanto que me
 „ encontró al fin entregado á la mas
 „ grata distraccion. Empezó de nuevo
 „ á alborotar, y me fue preciso vol-
 „ ver á casa de buena ó de mala ga-
 „ na: se hizo de noche sin habernos
 „ reconciliado y yo guarde constante-
 „ mente la mas escrupulosa reserva. No
 „ se porque, Balkis se manifestó de
 „ peor humor al dia siguiente, y por
 „ mas que me regañó no pudo impe-
 „ dir mis paseos solitarios, cuya di-
 „ reccion variaba, unicamente para evi-
 „ tar que ella me turbase el placer que
 „ yo experimentaba con ellos.”

„ Duró esta felicidad ocho dias, al

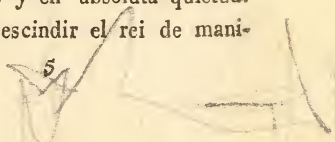
„cabo de los cuales se recibió la or-
 „den para trabajar en el equipo del
 „ejercito : entonces no hubo medio
 „alguno para escusarme, y tuve pre-
 „cision de cojer la lanzadera. Bien
 „podeis inferir mi poca maña para se-
 „mejante operacion ; asi es que hice
 „un tejido malísimo, y por una fa-
 „talidad imprevista, sucedió que en-
 „tre los magnates de la corte, que re-
 „gularmente saben pocas cosas, se en-
 „contraba uno inteligente en telas....
 „¡Ay de mí! ese era yo; exclamó Moc-
 „tader : Os pido perdon del mal que os
 „he causado sin querer.”

Oyeron los soldados esta relacion
 sin comprender nada, y por conse-
 cuencia les pareció acertado el condu-
 cir presos á entrambos individuos en
 lugar de uno solo, reservando á la jus-
 ticia el decidir despues sobre quien era

el verdadero delincuente, y medió entonces un combate de jenerosidad entre Mochtader y Dabchelim.

Durante estas ocurrencias fue atravesando el bosque el rei de Cananor, que huia de su capital para no ser testigo de los escesos que trataba de cometer el pueblo amotinado, y apenas reconoció al verdadero Visir hizo detener su silla de manos. Corrió Dabchelim á echarse á los pies de su amo y le refirió circunstanciadamente cuanto le habia ocurrido desde que dejó la corte para ir á desempeñar su embajada cerca del rei de Ava. Suplicóle en fin que no se opusiera al deseo que le poseia hacia mucho tiempo, de alejarse del tumulto de la corte para vivir en la oscuridad el resto de sus dias, distante de los hombres y en absoluta quietud.

No pudo prescindir el rei de mani-



festar al punto su grave disgusto por una conducta que habia comprometido la tranquilidad del estado, pero moderó oportunamente su severidad el recuerdo de los eminentes servicios que le habia hecho su favorito. Combatia con todo el imperio de la amistad el proyecto de Dabchelim, aunque sin poder conseguirlo, y el ejemplo mismo de Moctader concurría en apoyo de la resolución del Visir.

„Convengamos en que soy un ig-
 „norante, decia al rei; pero que hom-
 „bre estará exento de cometer error?
 „Puede lisonjearse por ventura el mi-
 „nistro mas probido é ilustrado de
 „acertar siempre y de no encontrar
 „obstáculos que se opongan á la eje-
 „cucion de sus proyectos? El pue-
 „blo en quien no tiene cabimiento
 „esta reflexion, le juzga desapiadada-

„mente, no segun su intencion, si-
 „no siempre segun los resultados. Exa-
 „jéranse los menores agravios y per-
 „juicios; las faltas mas leves se carac-
 „terizan de crímenes; la malignidad
 „le acusa, despiértase la envidia, de-
 „cláranse sus enemigos, fórmase la
 „tempestad que toma incremento, true-
 „na el rayo sobre su cabeza, y está
 „perdido... ¡Gran rei! ¡Oh Señor mio!
 „Yo os suplico que escucheis mis ar-
 „dientes votos y accedais á ellos. No
 „faltarán infinitos que os pidan les
 „elegeis á la alta dignidad de Visir;
 „yo solo aspiro á vivir en un esta-
 „do oscuro para entregarme con so-
 „siego al estudio y al reposo, únicos
 „y verdaderos bienes que conozco en
 „este mundo.”

„¡Ay de mí! me veo precisado
 „dijo el rei á convenir en lo que pi-

„ des. La condicion mas dichosa es aque-
 „ lla en que el hombre se sustrae facil-
 „ mente del tumulto de las pasiones; en
 „ que la comodidad y la salud son ha-
 „ bitualmente la recompensa del trabajo;
 „ aquella en que unos deseos modera-
 „ dos aseguran faciles regocijos; en que
 „ la probidad de los padres es en fin
 „ una herencia honrada y segura pa-
 „ ra los hijos. Mas para hallar place-
 „ res en semejante condicion, preciso
 „ es haber nacido en ella, y contraido
 „ desde la infancia el hábito que se
 „ requiere: No se pasa con facilidad
 „ ni sin peligro de un estado á otro.
 „ El hombre oscuro, pobre y despro-
 „ visto de instruccion, no puede lle-
 „ gar repentinamente á un elevado ran-
 „ go; y el ilustrado poderoso y rico,
 „ no puede tampoco descender sin dis-
 „ gusto á la últiua clase de la socie-

„dad. Os habeis engañado el uno y
„el otro, y ambos habeis adoptado
„como verdad la exajeracion, cuyo de-
„satino es por desgracia muy comun
„entre los hombres. Dabchelim: ya que
„absolutamente quieres dejar el bri-
„llante empleo en que te colocó tu
„extraordinario mérito, no me opon-
„go á tu resolucion, pues te amo
„sobre todo por tus buenas prendas;
„pero no puedo consentir en privarme
„enteramente de tu presencia y de tus
„consejos. Escoje de mis palacios pa-
„ra tu retiro el que te ofrezca la reu-
„nion mas completa de los primores
„de la naturaleza y del arte: Alli vi-
„virás como sabio, y podras entregar-
„te á tus gustos puros y sencillos:
„Te visitaré con frecuencia, y en el
„seno de la amistad iré á distraer-
„me y descansar del fastidio que lle-

„van consigo las grandezas. En cuanto
 „á ti, Moctader, confieso que has cor-
 „rido muchos y grandes peligros que
 „me obligan á darte pruebas de mi
 „benevolencia. Te estableceré cerca del
 „palacio de Dabchelim una mediana
 „fabrica de chales que puedas dirigir
 „facilmente con tus conocimientos fa-
 „briles en la materia. A esto y nada
 „mas deben limitarse tus deseos.”

„De este modo habreis logrado en-
 „trambos cuanto debe desearse. Ni
 „*muy alto ni muy bajo*: Tal debe
 „ser la divisa del sabio. Permanecer
 „en su estado y distinguirse en el por
 „sus virtudes, he aqui la única am-
 „bicion permitida y conveniente al
 „hombre juicioso.

FIN.

ADVERTENCIA.

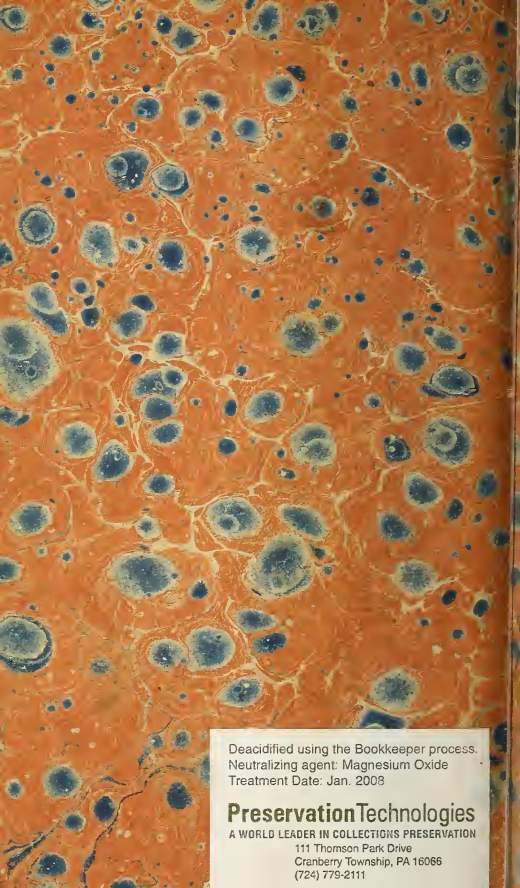


Florian dejó sin concluir este cuento, hallado entre los papeles de su testamentaria, y Mr. de Pixerecourt le concluyó para comprenderle en el número, de las demas obras ineditas del autor, publicadas en París en el año 1824.

ERRATAS.

<i>Pag.</i>	<i>Lin.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
15.....	4...	<i>Dachelim..</i>	<i>Dabchelim.</i>
16.....	{ 13..	<i>Da-</i>	 <i>Dabchelim.</i>
	{ 14..	<i>chelim.</i>	
24.....	{ 7..	<i>bos-</i>	 <i>bostezar.</i>
	{ 8..	<i>zar.....</i>	
41.....	<i>últ....</i>	<i>us.....</i>	<i>su.</i>
45.....	19...	<i>embidiosas.</i>	<i>envidiosas.</i>



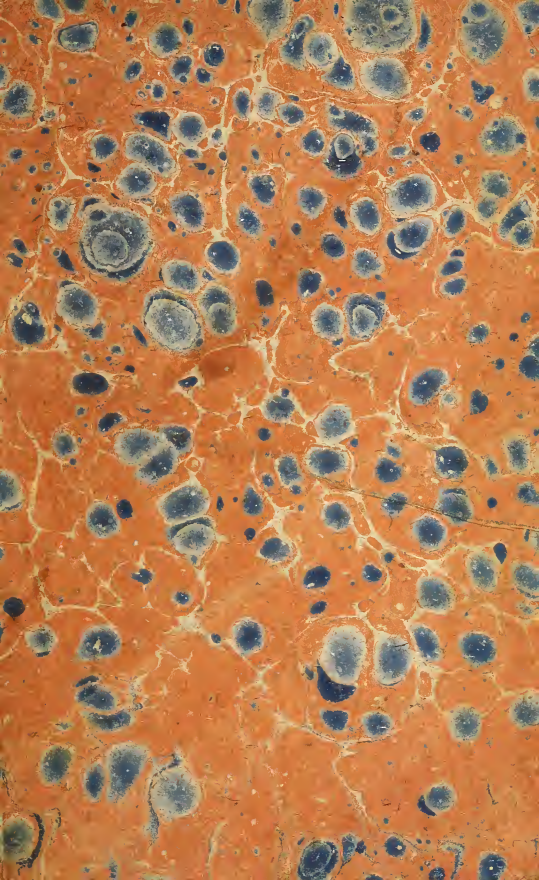


Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: Jan. 2008

PreservationTechnologies

A WORLD LEADER IN COLLECTIONS PRESERVATION

111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111



LIBRARY OF CONGRESS



0 020 902 982 0